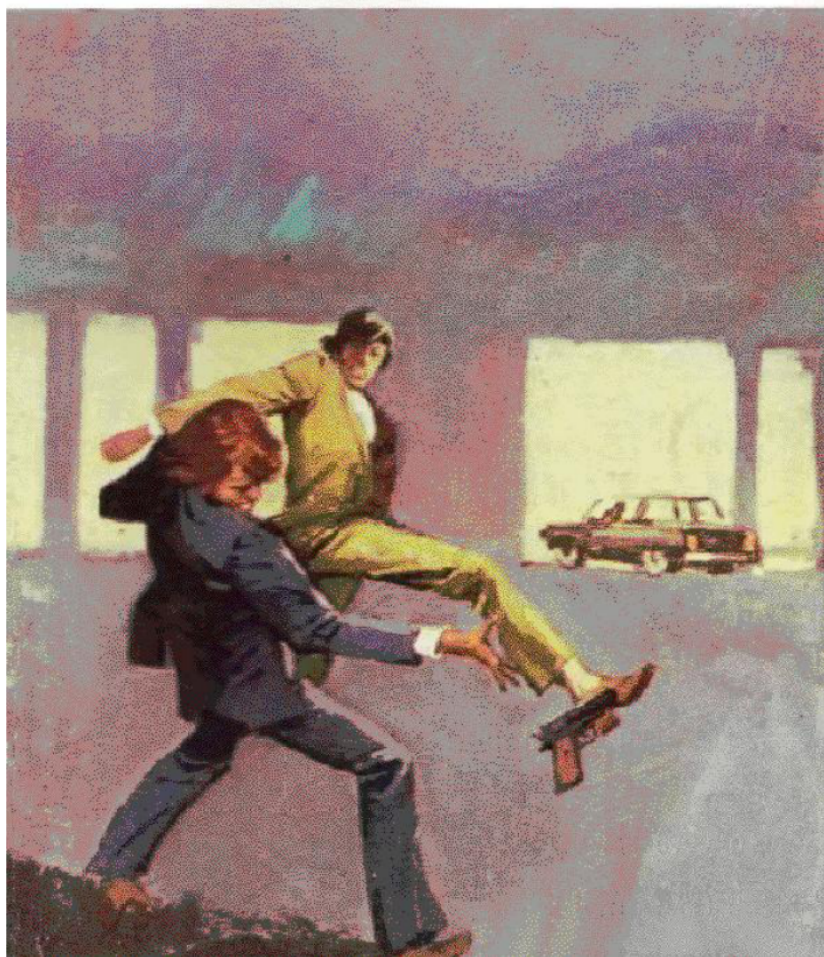


morir en cualquier parte

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

MORIR EN CAULQUIER PARTE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 756
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 34.199 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1976

© Burton Haré - 1976

texto

© Desilo - 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.355 — El hombre que volvió del infierno.

En Colección PUNTO ROJO:

742. — La dinastía del terror.

En Colección LA HUELLA

52. — Llama un fantasma.

CAPÍTULO PRIMERO

El calor era endiablado, la música sonaba igual que el canto de un coro de ángeles y los martinis eran deliciosos. Lo que quiere decir que la fiesta estaba resultando un éxito.

Tomé otro martini de una bandeja. La chica rubia comentó:

—Todas mis amigas dicen que Aliee es muy afortunada al casarse con usted, Conrad.

—Tus amigas están locas.

—Yo también lo pienso.

—Entonces tú estás tan loca como ellas. No soy ningún príncipe azul.

—No hay príncipe azul en estos tiempos. Pero ¿qué es usted en realidad?

—Eso no es ningún misterio.

—Estamos intrigadas.

La chica rubia tendría unos diecinueve años, unos inmensos ojos azules chispeaban en su cara y algo había hecho con las vitaminas para el desarrollo, porque le habían dado un resultado sensacional.

Afortunadamente para mí, Alice apareció como un ángel bueno y me libró de la excitada damita rubia.

—Nelson Conrad —dijo acusadoramente cuando estuvimos apartados de la aglomeración—, estás borracho.

—Todavía no.

—¿Cuántos martinis has bebido?

—Siento no llevar la cuenta, cariño. Pero estoy absolutamente seguro de que no he rebasado aún mi límite.

—No hagas frases. Y no bebas ni uno más o mañana no habrá boda.

La miré especulativamente.

—No hablas en serio.

—Te necesito con todas tus facultades intactas, mañana. Sería

una broma de mal gusto que tuviera que pasar mi noche de bodas aplicándote bolsas de hielo en la cabeza.

—Te aseguro que tendrás otras cosas que hacer que ocuparte de las bolsas de hielo.

—Ya te he advertido.

—Por ejemplo...

—No lo digas —me interrumpió—. Detesto las groserías.

Alguien se acercó reclamando su presencia y me vi solo. Estaba entonces junto al bar improvisado en el jardín, de modo que todo lo que hice fue alargar la mano y un nuevo martini apareció como por encanto.

La música suave animó a multitud de parejas y pronto estuvieron bailando y riendo aquí y allá. Me aparté un poco del alboroto y en aquel instante ella apareció como por encanto saliendo de entre un macizo de adelfas.

—Hola —dijo—. Usted es el novio, ¿eh?

—No lance las campanadas al vuelo todavía. La boda se celebra mañana.

—Me llamo Laura.

—Tanto gusto.

—He oído hablar mucho de usted.

—Si eso fuera cierto no me dirigiría usted la palabra. Nadie habla bien de mí.

Se echó a reír y aproveché para examinarla con detalle. Había olvidado toda la parte posterior del vestido y de la delantera le faltaba una buena porción. El abismo que se abría entre sus senos era dorado y profundo. Sentí una suerte de vértigo, aunque no supe si era debido a lo que aquel abismo prometía o a los martinis.

Más abajo del abismo había una cintura delicada, y unas caderas que no tenían nada de delicadas. Cuando se movía todo ello adquiría cierta cualidad ondulante que debía haber sido cuidadosamente ensayada para causar el impacto que producía.

—Siempre me pregunto qué piensan los novios el día antes de la ceremonia —dijo.

—La noche antes.

—Cierto. ¿Qué piensa usted?

—Apenas nada. Estoy muy preocupado.

—¿De veras?

—Se me ocurre que esta noche aún puedo tener esperanzas con una mujer como usted, por ejemplo. Pero a partir de mañana todas quedarán fuera de mi alcance... Es un mal negocio.

De nuevo rió. Sus labios tenían la cualidad de un imán. Mostraba unos dientes blancos y brillantes que chispeaban al herirlos la luz.

Cuando cesó de reír murmuró:

—Estoy seca, Conrad. Sea usted bueno y tráigame un gran martini, por favor.

—De acuerdo.

—A los vestuarios de la piscina.

—¿Dónde?

—No ha oído mal. A los vestuarios, ya sabe.

La miré y esta vez con redoblado interés.

Ella no reía en absoluto. Estaba muy seria.

—Quiero hablarle —susurró—. A solas.

—¿Y tiene que ser esta noche?

—Tiene que ser ahora mismo.

—Muy bien.

La contemplé hasta que hubo desaparecido por entre los arbustos del jardín. Entonces fui en busca de las bebidas.

Acababa de apoderarme de dos martinis cuando Alice me pescó in fraganti.

—¡Ahora de dos en dos! —exclamó acusadoramente, indignada.

—Éste... te aseguro que sólo uno es para mí.

—¿Y el otro?

—Para cierta persona sedienta.

—¿Quién?

—Te juro que no la conozco.

—¿Una mujer?

—No tan hermosa como tú, por supuesto.

—Nelson...

—No te dispares. Aún no estamos casados.

—Y no lo estaremos como no te moderes esta noche. Vas a ponerme en evidencia y...

—Te aseguro que sé lo que hago. Atiende a los invitados un poco más y luego te juro que ignoraré a todo el mundo excepto a ti.

—Quiero que ignores los martinis, no a la gente.

—Lo que quieras, sólo dame un poco de tiempo.

Refunfuñó algo cuando un matrimonio conocido la reclamó.

Así pude escabullirme. Rodeé la casa hacia el lado donde estaba la piscina. Allí apenas había nadie y el agua brillaba suavemente iluminada desde el fondo.

Los vestuarios eran un pequeño pabellón donde estaban también las duchas y un cuarto anexo para guardar los accesorios de limpieza de la piscina.

Entré. No había una sola luz allí dentro.

—¿Laura? —llamé.

No hubo respuesta.

Me había tomado el pelo, claro. Apuré un martini. Luego me dije que aquello no tenía sentido y encendí las luces.

Laura yacía hecha un ovillo junto a una de las duchas. La sangre que manaba de la enorme herida que le cercenaba el cuello se deslizaba por el plato de la ducha hacia el desagüe, mansa y roja como una pesadilla.

Apuré el segundo martini mientras miraba correr la sangre por donde sólo debiera haber corrido el agua.

Estaba impresionado, naturalmente. Aunque no tanto como lo hubiera estado, por ejemplo, un honesto ciudadano respetuoso con las leyes, el deber, un horario regular y metódico y todas esas cosas.

En otro tiempo no me hubiera impresionado en absoluto la visión de aquel cuerpo desangrándose a mis pies. Ahora sí. No mucho, pero sí, porque yo era en la actualidad un técnico en prospecciones petrolíferas y nada más.

Traté de analizar el problema. Aquélla era mi fiesta. Bien, la fiesta de Alice para ser exactos. A las mujeres les encantan estas cosas, aunque sean para anunciar que al día siguiente se acostarán con un caballero porque ambos habrán estampado sus firmas en un hermoso documento. Si no hubiera ese documento por en medio les horrorizaría la idea de que una multitud de amigos y conocidos supieran sus intenciones eróticas para el día que se avecinaba.

Bueno, de cualquier modo analicé el asunto. La casa, la piscina, y por tanto los vestuarios pertenecían a los padres de Alice. Aquello iba a estallar como una bomba.

Retrocedí y miré en torno. No recordaba haber visto a Laura con un bolso en las manos y no lo hallé por ninguna parte. Apagué la

luz y me disponía a cerrar la puerta cuando una cosa dura se hundió en mi espalda y alguien dijo:

—Tranquilo, Conrad, no se mueva.

Aún tenía las copas de martini en las manos. Allí siguieron cuando las levanté poco a poco.

El tipo a mis espaldas dijo:

—Supongo que no lo hizo usted...

—No acostumbro cortarles el cuello a las invitadas de mi prometida.

—No, claro. Retroceda poco a poco y cierre la puerta.

Obedecí. La pistola en mis costillas era un argumento sólido con el que nunca me gustó discutir.

Así que cerré la puerta. El fulano añadió:

—Con llave.

Di vuelta a la llave. Una mano apareció por mi costado y se apoderó de ella.

—Ahora va a acompañarme, Conrad. Alguien quiere discutir un asunto con usted.

—¿Quién?

—No haga preguntas idiotas. Camine hacia la salida posterior del jardín.

—Me echarán de menos.

—Lo siento.

Caminé cuidadosamente en la oscuridad de aquella parte del jardín. Seguía empuñando las copas y mi compañero de aventura gruñó:

—Tírelas ahí, en esos arbustos.

—¿Qué?

—Las copas.

Las tiré donde ordenaba. Todos mi interés estaba en averiguar qué clase de pistola empuñaba y si llevaba o no silenciador.

Cuando llegamos junto a la pequeña puerta posterior me detuve. Él ordenó:

—Abra, pero no salga aún.

Abrí. Él estaba seguro que yo esperaba nuevas instrucciones. No esperé. Di un salto en la oscuridad y pasé la puerta como una bala.

Le oí maldecir en voz alta. Me pegué a la pared, a un lado de la salida. Con toda seguridad él creyó que yo me alejaba ya a todo

correr, porque salió precipitadamente.

Le descargué un trallazo en la nuca tan pronto asomó la cabeza. Sonó un chasquido y un grito, todo a la vez, y el tipo se fue de bruces. Al caer, su mano armada golpeó con demasiada fuerza y la pistola se disparó.

No llevaba silenciador. Sonó un cañonazo en la quieta noche.

Me incliné sobre él. La cabeza le dolería durante un mes por lo menos.

Introduje la mano en su bolsillo interior y en aquel instante pareció que la pistola se disparaba de nuevo dentro de mi cabeza. Vi un estallido de luces y luego un dolor de pesadilla me barrenó el cráneo. Afortunadamente fue solo un instante porque perdí el conocimiento y el dolor se apagó.

Todo eso salí ganando.

Oí infinidad de voces histéricas chillando en un coro discordante y agudo. Las voces me barrenaban el cerebro como cuchillos al rojo.

Maldije a gritos pero no pude oír mi propia voz. Alguien me levantó hasta dejarme sentado y entonces pude abrir los ojos.

Allí estaba todo el mundo, mirándome con ojos asustados y hablando. Alice me sostenía la cabeza y sus padres daban órdenes aunque no supe a quién.

—¿Qué pasó, Nelson?

Era el padre de Alice quien me preguntaba.

—No lo sé... vi a alguien correr entre los arbustos —mentí sobre la marcha—. Intenté detenerlo y entonces disparó, aunque no me acertó. Luego, alguien me golpeó por detrás y hasta ahora.

Hubo un coro de exclamaciones de asombro.

Sacudí la cabeza para asegurarme de que aún estaba entera.

—Nena, si ésta era una de tus atracciones para dar amenidad a la fiesta pudiste advertirme...

—No bromees, Nelson. Pudieron haberte matado.

—¿En la víspera de mi boda? Ni con un cañón.

—Voy a llamar a la policía —dijo el padre de mi prometida.

Hubiera querido evitarlo, pero habría despertado demasiadas suspicacias, de modo que callé y le dejé ir.

De cualquier modo la fiesta se había ido al diablo. O quizá resultara un éxito rotundo. Uno nunca sabe tratándose de gentes importantes...

Afortunadamente, la policía aceptó mi versión y se limitaron a una actuación de rutina. Unas preguntas formularias, unas recomendaciones también formularias, y se largaron sin más trámites.

Poco después los invitados comenzaron a despedirse también. Alice estaba profundamente dolida por el siniestro episodio. Consideraba que su fiesta había sido un chasco rotundo y que todas sus amistades la criticarían el resto de su vida. Fue imposible hacerle comprender que nadie tenía la culpa de lo sucedido excepto los intrusos.

Y todo eso sin saber aun lo que aguardaba en los vestuarios de la piscina.

Aún quedaban algunas parejas cuando Alice pretextó un agudo dolor de cabeza y se fue a su cuarto sin despedirse de nadie.

No sin cierto apuro, su madre intentó disculparla. Le sonreí a la buena mujer y aseguré que comprendía perfectamente el estado de ánimo de su hija. Tras esto, yo también me despedí.

Mi coche estaba en la calle, a la derecha de la entrada a los jardines. Abrí la portezuela y me deslicé en el asiento con un suspiro de alivio.

Entonces y por segunda vez esa noche, el cañón de una pistola se incrustó en mi espalda, sólo que en esta ocasión lo hizo apoyándose en mi nuca y la cosa no me gustó poco ni mucho.

—Las manos sobre el volante, Conrad —dijo ese nuevo pistolero. Obedecí.

—¿Qué sabe de su compinche, le pasó ya el dolor de cabeza?

—No le rompió el cuello de milagro, pero padece conmoción cerebral.

—Lo lamento.

—Bueno.

—Hubiera preferido que estuviera muerto.

—No se las quiera dar de duro conmigo.

Le oí moverse a mi espalda. Tras unos instantes dijo:

—Arranque y conduzca con cuidado. Por si eso le tranquiliza, Conrad, nadie piensa hacerle el menor daño. Es sólo una cita de negocios.

—¿Con quién?

—Ya lo verá.

Llevé el coche siguiendo sus instrucciones. Así salimos a la carretera del sur como si nos dirigiésemos a San Diego.

Veinte minutos más tarde él indicó un desvío a la izquierda. El camino que seguimos era desigual y mal cuidado y terminaba delante de una verja de hierro sostenida por dos macizos pilares de piedra.

Sin necesidad de llamar, la verja se abrió accionada por algún mecanismo a distancia. Pasamos y volvió a cerrarse.

—Ahora siga ese paseo. No descienda del coche hasta que yo le avise cuando lleguemos a la casa, porque hay perros guardianes sueltos por el jardín.

—¿No hay también torretas de vigilancia con ametralladoras?

—Esto no es un campo de concentración... pero no se confíe por ello.

La casa apareció de pronto delante de los faros. Lo poco que pude ver de ella fue una inmensa fachada pétrea salpicada de artísticos ventanales.

Luego tuve otros motivos de atención, cuando los dos perros aparecieron a ambos lados del coche gruñendo, enseñando sus mortales colmillos.

—Ahí tiene —dijo mi acompañante—. Y hay dos más dando vueltas por la propiedad.

—Siempre me gustaron los perros.

—No ésos. Le saltarían al cuello en cuanto saliera del coche.

—Bueno, ¿qué hacemos, pasamos la noche en los asientos?

—Alguien acudirá.

Ese alguien fue un hombre alto y delgado que dispersó a los feroces guardianes con una seca voz de mando.

Aquella voz de mando me recordó otra. Luego me fijé mejor en el porte del individuo y sentí tentaciones de saltar del coche y romperle la crisma.

—Hola, Conrad —dijo él—. Ya puede apearse.

—Debí haber imaginado que este melodrama era obra suya.

Me apeé y ambos quedamos mirándonos. Aquél era el hombre que yo más detestaba en este mundo, salvo un par de excepciones que no hacen el caso. Y yo era a quién él más detestaba, y en su caso no había excepciones.

Señalé al pistolero que en aquel momento salía del coche:

—¿Ha contratado a toda una banda de gorilas? —dije.

—Son nuevos, Conrad. No hay mucho donde elegir actualmente.

—¿Qué papel jugaba una chica llamada Laura en esta estupidez?

—¿Se refiere a la mujer muerta en las duchas? Me hablaron de ello...

—¿Quién era?

—Lo crea usted o no, ignoro la identidad de esa mujer.

—Quisiera creer que hay algo que usted ignora en este podrido mundo.

—Entremos, Conrad. Hay alguien a quien quiero que conozca.

—¿Para presentarme a uno de sus secuaces me ha traído a punta de pistola?

Se detuvo y durante un largo tiempo me miró a la cara. Sentí un gran deseo de golpearle y acabar de una vez.

Entonces dijo:

—Con sinceridad, ¿hubiera usted venido a entrevistarse conmigo si le hubiese citado normalmente? Pongamos por teléfono, o mediante una carta.

—Ya puede jurar que no.

—Ésa fue la razón de que decidiera enviarle esta clase de embajadores.

—¿Les advirtió que podían perder la cabeza con este juego?

—Les dije que era usted un tipo duro y que posiblemente ofrecería resistencia.

—Ya veo.

—Entremos —repitió.

El interior de la casa era un palacio en miniatura. O un museo a juzgar por las obras de arte colgadas en las paredes. Descubrí óleos originales de los más cotizados pintores contemporáneos. El advirtió mi interés y comentó:

—Soy un gran aficionado a la pintura, Contad.

Le seguí a una amplia biblioteca. Había inmensas estanterías repletas de libros, y como desperdigadas a voleo, artísticas figuras entre ellos.

Un hombre alto y macizo se levantó de una butaca. Llevaba el cabello cortado a cepillo, tenía enormes manos y unos ojos pequeños y agudos que me examinaron como si yo también fuera una pieza de museo.

—Éste es Nelson Conrad —dijo mi acompañante—. Conrad, le presento al señor Adams, Jason Adams.

—Denos por presentados y vaya al grano. Tengo muchas cosas que hacer todavía antes de mañana.

Los dos hombres cambiaron una mirada. Fue Adams quien habló.

—¿Se refiere a su boda?

—Ciertamente.

—Habrá de aplazarla.

Le contemplé boquiabierto.

—Está completamente loco —dijo al fin—. Si eso es todo lo que tenían que decirme...

Giré hacia la puerta. El pistolero que me había traído estaba allí y mantenía la mano muy próxima al bolsillo donde llevaba la pistola.

—Espere, Conrad. Éste asunto es demasiado grave para que lo tratemos de este modo.

Me volví. El gran hombre parecía muy nervioso y caí en la cuenta de que ésta era la primera vez que descubría que él también podía ponerse nervioso. Hasta entonces siempre había creído que carecía de nervios y de sentimientos.

—Mire, Calhoun —dije rechinando los dientes—, ya he perdido demasiado tiempo. Aparte a ese mono de mi camino o habrá otro lisiado para el hospital.

Adams dijo:

—O hace el trabajo por el que le hemos traído aquí, Conrad, o su lima de miel no durará ni una semana. Antes de siete días habrá en este país tantos millones de muertos que no le quedarán deseos de hacer el amor. Eso si usted vive, por supuesto.

—¿Quién es ese loco, Calhoun? —pregunté cortésmente.

—El actual presidente del Consejo Nacional de Seguridad.

—Pues eligieron un buen elemento.

—Está diciéndole la verdad —dijo el hombre al que a todo el mundo conocía por Byron Calhoun—. Sólo usted puede evitar esta catástrofe.

—Váyanse al infierno los dos.

Me dirigí a la puerta. El gorila sacó la pistola y pareció dudar en espera de instrucciones. Le descargué un trallazo en la cara y voló

hasta estrellarse de cabeza en la pared que había al otro lado del pasillo. Hizo el suficiente ruido como para echarla abajo, pero la par red resistió.

El, no.

Oí los gritos de mi antiguo jefe, pero no me detuve más que el tiempo justo de apoderarme de la pistola del caído. No olvidaba los perros adiestrados para matar que rondaban el jardín.

A mí también me habían adiestrado como a ellos en otro tiempo de modo que estábamos en igualdad de condiciones.

Abrí la puerta y oí a Calhoun trotando detrás de mí.

Una pareja de perros surgieron entonces, gruñendo y enseñando los colmillos. Hice saltar el seguro de la pistola y en aquel momento mi viejo mandamás me alcanzó.

—¡No dispare, maldita sea! —jadeó.

—Entonces quítelos de mi camino.

Gritó algo a los perros y éstos retrocedieron de mala gana.

—Quiero que nos escuche —insistió—. No es ninguna locura. Sólo escúchenos y después es usted libre de obrar como le parezca.

—¿Por qué yo? Sabe que le retorcería el cuello con placer, Calhoun. ¿Por qué buscarme a mí después de estos años?

El cerró la puerta y yo me guardé la pistola en el bolsillo.

El pistolero estaba recobrando el conocimiento en aquellos momentos, sostenido por Jason Adams. Pensé que estaba haciendo un trabajo ingrato, un trabajo como el que, con ligeras variantes, había hecho yo en todo el mundo sólo dos años antes.

Adams refunfuñó:

—Ya ha demostrado que es usted un tipo duro y todas esas cosas, Conrad. Ahora pórtese como una persona civilizada y escúchenos. ¿De acuerdo?

—Adelante. Cuando termine me largaré con perros guardianes o sin ellos ahí fuera.

Cambiaron una mirada preocupada. Luego, Adams empezó a hablar.

CAPÍTULO II

—En primer lugar —empezó el hombre del Consejo Nacional de Seguridad—, le diré la razón por la que nos hemos visto obligados a recurrir a usted, Conrad.

—Para mí, ninguna de sus razones será válida.

—Veremos... Usted es el único superviviente de un grupo de expertos entrenados por el señor Calhoun. Estuvieron inscritos a efectos administrativos a la CIA, aunque jamás pertenecieron a esa agencia y...

—Abrevie. No me dice nada que yo no sepa.

—Sí, bueno... El caso es que la CIA, en la actualidad, está atada de manos a pesar de las declaraciones de Kissinger. Eche un vistazo a esos papeles.

Señaló un montón de periódicos y revistas que había sobre una mesita. En las primeras páginas de todos ellos se leían violentas diatribas contra la Agencia Central de Inteligencia.

—Todo eso no me preocupa en absoluto —dije—. Considero que nos hemos ganado a pulso lo que ahora sucede. Y aún no me ha dicho una palabra que justifique el hecho de que yo esté aquí.

—A eso voy, Conrad. Sólo usted puede identificar al hombre que va a desencadenar una catástrofe sobre nuestro país.

Les observé con asombro. Continuaba creyendo que estaban chiflados.

Adams prosiguió:

—Ese hombre siente un odio enfermizo contra nosotros, contra nuestro país. Desde su punto de vista tiene motivos para ello. Hicimos todo lo necesario para que pasara por el peor infierno de este mundo...

—Al grano —repetí—. ¿Quién es ese individuo?

—Hellmut Dimytryk.

Entonces estuve seguro de que los dos estaban rematadamente

locos y se lo dije.

—No sólo eso —añadí—, necesitan una camisa de fuerza antes de que empiecen a ver marcianos. Hellmut Dimytryk está muerto. Murió hace tres años. Yo lo maté.

—Vive —dijo Adams.

—Ciertamente, Conrad. Ese demonio está vivo —corroboró mi exjefe.

—Entonces, ¿con qué clase de balas creen que le acribillé, con cartuchos de fogueo? Eran balas de «Luger» de noventa gramos capaces de matar a un elefante. Hellmut Dimytryk no tenía la piel tan dura como esos paquidermos. Murió y arrojó su cadáver por un acantilado.

—A pesar de todo, Conrad...

—¡Oh, al infierno con ustedes! No quieran volverme loco también a mí.

Hice ademán de levantarme. Calhoun dijo:

—Mire esto, Conrad.

Miré lo que me tendía. Eran dos cartulinas amarillentas.

Las tomé y me quedé contemplando unas clarísimas impresiones digitales, unas huellas digitales que no me dijeron nada.

Pero él sí dijo:

—Estas huellas estaban en la empuñadura de un cuchillo, Conrad. Un cuchillo enterrado en la espalda de un hombre hace apenas siete días. Son las huellas dactilares de Hellmut Dimytryk.

—No lo creeré en mil años.

Sacó otras cartulinas. Éstas las conocía yo perfectamente. Perteneían a los ficheros secretos que fueran de nuestro grupo de acción. Era la ficha dactiloscópica de Hellmut Dimytryk, y la otra contenía su fotografía, descripción, datos personales y especialidades en las que era experto.

—Son idénticas, Conrad —insistió mi exjefe—. Las hemos comprobado hasta la saciedad. El hombre que hundió el cuchillo en la espalda de nuestro agente fue Dimytryk, hace exactamente siete días.

Sacudí la cabeza.

—Yo maté a ese demonio hace años. ¿Es tan difícil de comprender? Le clavé tres balas de «Luger», comprobé que estaba muerto y lo arrojé por el acantilado al mar a fin de evitar

complicaciones.

—Entonces hemos de aceptar que existen dos hombres con las mismas huellas dactilares, según usted...

—Eso también es imposible.

—Ajá, entonces su antiguo amigo Dimytryk estaba vivo hace solamente siete días.

—No quiero seguir discutiendo. Yo sé que murió. Lo que haya sucedido después ya no me incumbe.

—Muy bien, usted afirma que murió. Nosotros sabemos que hace siete días asesinó a un agente nuestro que estaba realizando una importante misión. Ahora bien, Conrad... Usted es quien mejor conoce a ese hombre en todo el mundo. Dedicó casi un año a cazarlo, le siguió la pista a través de medio mundo y llegó a saber tanto de él como si hubiera sido usted mismo. Bien, necesitamos que le cace de nuevo..., y antes de una semana.

—¿Por qué? Tienen ustedes hombres suficientes que...

—No como los que formaban el antiguo grupo de acción —me interrumpió mi exjefe—. De ellos sólo queda usted. Y en cuanto a utilizar hombres de la CIA, vigilados como están por toda la Prensa, sería arriesgado porque habrían de matar con toda seguridad.

Les miré alternativamente. Volvíamos a las andadas. Ordenaban matar como quien envía una sirvienta al supermercado.

—Olvídenlo —dijo levantándose—. Juré no volver a esa maldita vida ni que se hundiera el mundo.

—Lo malo, Conrad, es que va a hundirse si usted no lo evita.

—Al diablo. Eso es un cuento de locos.

—La peste no es de locos. Es una realidad.

—¿Peste? Pero, bueno, ¿de dónde han escapado ustedes? La peste no existe desde la Edad Media.

—Siéntese.

La voz de Calhoun sonó como un disparo.

Oí la respiración del hombre al que yo había golpeado y estaba en el pasillo. Tan denso fue el silencio que siguió.

Acabé sentándome y esperé. Después de aquello yo estaba dispuesto a escuchar cualquier aberración, por absurda que fuera.

—La peste negra dejó de existir después de la Edad Media, tal como usted dice, Conrad —gruñó Adams—. Ce descubrieron los bacilos que la provocaban y se los combatió en todos los campos,

hasta vencerlos. Pero en nuestra época están experimentándose armas bacteriológicas y usted lo sabe. Una de esas armas para un desesperado podría ser una «siembra» de bacilos de Eberth, productores del tifus, y con ellos el vibrión de Eoch que extendería el cólera tan rápidamente como una ráfaga de viento. Estos bacilos habrían sido inmunizados contra los antibióticos existentes en la actualidad a base de selección y generaciones de laboratorio. En pocas palabras, no habría ni una sola probabilidad de combatirlos con los medios de que hoy dispone la ciencia.

—Eso es ciencia ficción, señor Adams, nada más.

No me hizo el menor caso y añadió:

—Hay una segunda parte, Conrad. Las ratas.

—¿Qué?

—Existen millones de ratas en los sistemas de cloacas de las grandes ciudades. Serían contaminadas y no hay mejor vehículo que ellas para extender la peste.

—No puedo creer que estén hablando en serio.

—Créalo, Conrad, porque dentro de siete días una de esas armas estallará en alguna parte de este país.

Eso era aún más increíble.

—Ya es una estupidez que alguien experimente con un arma semejante. Una estupidez criminal. Pero que encima quieran endosarme el cuento de que va a lanzar una bomba sobre nosotros cargada con todos esos bacilos...

—El hombre que inmunizó los bacilos del tifus y del cólera se llama Gust Djaman. Trabajó para el Gobierno, pero un buen día desapareció y jamás volvió a saberse nada de él. Nuestro agente le seguía la pista cuando fue asesinado por el hombre que dejó las huellas en el cuchillo. Las huellas de Dimytryk. De modo que ahora sabemos que ese demonio está metido en este asunto y que posiblemente es él quien mantiene oculto al científico. O tal vez secuestrado, eso no podemos saberlo.

—Dimytryk murió —insistí una vez más.

—Entonces, hay otro ser humano con sus mismas huellas digitales. Y si eso fuera cierto se hundiría definitivamente ese sistema de identificación aceptado por todos los países del mundo.

Lo pensé. Lo pensé detenidamente y no pude encontrar una sola explicación lógica al misterio de aquellas huellas.

Mi exjefe habló al fin.

—Estoy dispuesto a aceptar su versión de que mató a Dimytryk, Conrad —dijo—. Sin embargo, para el caso que nos ocupa olvidémoslo por el momento y dedíquese a su búsqueda como si estuviera vivo. Piense que está vivo y actúe en consecuencia. Nadie mejor que usted para hacerlo.

Me quedé inmóvil, estupefacto. Seguía creyendo que todo aquello era un cúmulo de despropósitos. Además, yo debía contraer matrimonio a la mañana siguiente.

—Dígame por qué ese plazo de siete días —refunfuñé contra mi voluntad.

—Fue lo que nos dijo nuestro agente en su última comunicación. Dimytryk le apuñaló después que nos hubo dicho que esa arma diabólica sería activada en ese plazo.

—Lo cual significa que su asesino tenía interés en que lo supiéramos. Le dejó hablar lo justo antes de matarlo. Ésa es una conducta idiota por parte de Dimytryk, y ese individuo podía ser muchas cosas, pero no idiota ni mucho menos.

—Quizá quiere sembrar el terror. O tal vez sorprendió a nuestro agente justo en el momento en que éste hablaba... De cualquier modo, hemos de atenernos a ese plazo aunque luego resultase falso. No podemos correr el riesgo de ignorarlo porque lo que se juega es la propia existencia de la humanidad.

Pensé furiosamente buscando una razón válida para echar por tierra toda aquella sarta de insensateces. No la encontré y sólo dije:

—Me caso mañana y eso es definitivo, así que designen a otro para ese trabajo. Además, yo llevo años apartado de la acción, carezco de los acostumbrados contactos... Sería tan inepto como un principiante.

Adams resopló lleno de furia.

Mi exjefe enseñó los dientes en una mueca.

—Conrad, usted me conoce —dijo.

—Desgraciadamente, sí.

—Sabe de mis poderes en casos de excepción...

—No me dice nada que yo ignore.

—De acuerdo. Entonces, voy a decirle algo que le hará reflexionar... Va a suspender usted la boda por el momento. Ya encontrará una excusa válida para su novia. Y se dedicará en cuerpo

y alma a desentrañar este misterio hasta cazar a Dimytryk o su fantasma, porque de lo contrario haré que le detengan mañana en el preciso momento que llegue ante el altar.

Sentí deseos de echarme a reír. Luego lo pensé mejor y no me reí en absoluto porque yo sabía la clase de escorpión que era aquel hombre.

—¿Detenerme? —exclamé—. ¿Por qué, de qué me acusará?

—De asesinato, Conrad.

Me levanté poco a poco. Lo comprendí como si fuera un chispazo.

—Siga —dije con voz ronca.

—Le echaré encima el asesinato de esa mujer que fue degollada en las duchas de la piscina de su novia. Es así de sencillo.

—Ya veo...

—No dude ni por un instante de que le meterán entre rejas.

—No lo dudo.

Disparé el puño de abajo arriba y le cacé justo en el mentón. Salió volando hacia atrás, volteó por encima de una butaca y se estrelló de cabeza contra una cristallera.

Hubo un estallido de cristales rotos. Caminé hacia él y antes de que Adams me atrapara le sacudí por segunda vez, sólo que con la punta del zapato en las costillas.

Su aullido sonó lo mismo que una sinfonía de Wagner. Adams me sujetó apartándome de Calhoun y gritando algo que no entendí. Se abrió la puerta y entró el tipo al que yo golpeara antes y vino recto hacia nosotros. En el suelo, Calhoun intentaba articular no se qué.

Adams dio un grito y su pistolero se detuvo a regañadientes. Entonces me soltó.

—Buena la ha hecho —dijo arrodillándose al lado del caído gran hombre.

Calhoun se levantó con su ayuda. Estaba lívido y me miró con aquellos ojos grises y vacíos que nunca expresaban nada.

—Me ha hundido la mitad de las costillas —dijo con voz débil—. Está usted en forma, Conrad.

Era para matarlo y deseé hacerlo.

Un hilillo de sangre resbalaba por la comisura de sus labios. Trató de sonreír y sólo consiguió una mueca.

—Estamos de acuerdo, ¿no es así, Conrad? Va a dedicarse por entero a ese trabajo. ¿Sí?

Ojalá le hubiera matado entonces.

No lo hice y lo que vino después fue una pesadilla.

CAPÍTULO III

Cada vez que recuerdo la escena en casa de Aliee se me ponen los pelos de punta. Eso hace que mis deseos de estrangular al gran hombre Calhoun aumenten hasta el infinito.

Hubo histeria, gritos, lágrimas y algún desmayo por parte de la muchacha que iba a ser mi mujer. Su madre también chilló, y su padre me señaló la puerta de mala manera y se aseguró de que la cruzaba antes de cerrarla de golpe detrás de mí.

Y todo eso sin que hubieran descubierto aún a la mujer degollada que esperaba en las duchas a ser encontrada para estallar como una bomba.

Mientras conducía de regreso a la ciudad de devané los sesos en un inútil esfuerzo para convencerme a mí mismo de que aún podría hacerlo como en los viejos tiempos, de que los años pasados no importaban y que yo continuaba siendo el mismo.

No pude autoconvencerme. Sabía perfectamente que ya no era el mismo matarife que fuera en otro tiempo. Me sentía viejo y en ese trabajo, por bárbaro y salvaje que sea, vale más que uno se retire o le harán picadillo.

Bueno, yo no podía retirarme, de modo que decidí empezar esa misma noche a buscar el primer indicio.

Calhoun había dicho que actuara como si Dimytryk aún estuviera vivo. Si aquel maldito demonio estuviera vivo se entregaría a todas sus bajas pasiones, de las que siempre había sido esclavo en cierto modo. Esas pasiones fueron su «talón de Aquiles» en los tiempos en que yo recorría la Tierra en su busca.

De manera que llevé el coche hacia el peor distrito de la ciudad, al cual no acudirían nunca las personas respetables después de oscurecer.

Dejé el auto en un aparcamiento vigilado porque no quise correr el riesgo de que a mi regreso lo encontrase sin ruedas, o

sencillamente, no encontrase ni el coche. Después eché a andar iniciando así esa especie de peregrinaje por el camino del vicio.

Visité todos los tugurios, los burdeles y cantinas que me salieron al paso haciendo siempre las mismas preguntas a las chicas que vivían de noche.

Las encontré de todas las tallas, de todos los colores y de todos los tamaños. Negras cimbreantes que le metían a uno en un lío por menos de un centavo, trigueñas indiferentes que esperaban el cliente como quien espera que pare de llover...

Supongo que la mayoría pensaron que yo estaba chiflado. Algunas me tomaron lo bastante en serio para querer llevarme a su apartamento para «hablar» con tranquilidad de lo que yo quisiera.

Era casi al alba cuando tropecé con Jenny Mae.

Dijo que se llamaba así y por mí estaba bien. Era una rubia ceniza de pecho desarrollado y sujeto precariamente por el corpiño de un vestido que parecía empezar o terminar en la cintura. Unas piernas largas enfundadas en mallas negras se prolongaban más allá de una falda apenas existente. En conjunto era como un cartucho de dinamita con la mecha encendida.

Había bebido lo suyo durante la noche y cuando tropecé con ella consumía un gran tazón de café negro en un bar de los que no cierran en toda la noche. Excepto ella no había otros clientes en el establecimiento.

De modo que me encaramé al taburete que estaba junto al suyo y dije:

—Eres mi última esperanza, nena.

Me miró de través. Luego giró hacia mí y dejó que sus ojos me recorrieran de arriba abajo. Me sentí como un caballo al que le están calculando la edad y las fuerzas.

—Me llamo Jenny Mae —dijo—. Estaba a punto de ir a casa y acostarme.

—¿Te bebes un balde de café para acostarte?

Rió entre dientes.

—Como si fuera medicina... Me libra de todo lo malo que be bebido durante la noche. ¿Cómo te llamas?

—Nelson.

—¿De dónde sales a estas horas? No creo que hayas pasado la noche buscando justamente una chica como yo.

—Anduve de aquí para allá buscando ciertamente una chica, aunque no sé si eres tú o no.

—Explícame eso en lenguaje llano, ¿sí?

—Te lo diré de otro modo. Quiero encontrar una muchacha que en estos últimos tiempos haya soportado una sesión con un tipo medio chiflado, uno de esos fulanos que les gusta hacer daño a las mujeres, de lo contrario no sienten nada.

—Un sádico...

—Y de la peor calaña.

—¿Eres policía?

—No.

—Entonces, ¿para qué buscas a la chica? No será para divertirme tú del mismo modo.

—Nena, yo no estoy mal de la tapadera. ¿Has conocido a uno de esos tipos últimamente, o no?

—No.

Suspiré. Me convencí una vez más de que estaba haciendo el tonto buscando un hombre que estaba muerto y sepultado en el mar.

—Pero sé quién se tropezó con una bestia de ésas hace unos días.

Me quedé helado.

—¿Quién?

—Se llama Jolian.

—¿Viste tú al tipo?

Sacudió la cabeza enérgicamente.

—No —dijo rechinando los dientes—, aunque si el maldito hijo de perra viniera a por mí te juro que le mataría.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Tan malo fue lo que le hizo a tu amiga?

—Fue peor. Jolian creyó que iba a matarla... Cuando la encontré estaba histérica y a punto de volverse loca.

—Necesito hablar con esa chica, Jenny Mae.

—¿Por qué?

—Quiero cazar a ese individuo. Si se trata del hombre que busco, por supuesto.

Ella lo pensó y se tomó mucho tiempo para ello. De vez en cuando me miraba por el rabillo del ojo mientras sorbía los restos

del café.

Mientras esperaba su decisión pedí un *whisky* y me sirvieron una especie de vitriolo que me dejó la garganta en carne viva.

—Te llevaré —dijo al fin—. Pero te costará algún dinero...

—Conforme.

—No para mí —aclaró—. Yo puedo ganar lo que yo quiera. Pero Jolian no ha vuelto a salir desde aquella noche. Quiero el dinero para ella.

Asentí y pagué las bebidas. Salimos a la calle y ella se colgó de mi brazo apretándose tanto que llegué a comprobar sin proponérmelo la dureza de su altivo busto.

—Es ahí cerca —explicó mientras andábamos—. En realidad, Jolian y yo compartimos un apartamento.

—¿Sabes de otras chicas que hayan tropezado con ese individuo alguna vez?

—No...

Había otra pregunta que yo necesitaba hacerle, pero decidí dejarla para su amiga y así llegamos a un edificio de fachada maltratada en el que entramos.

El apartamento era adocenado, impersonal. Ella encendió las luces y dijo:

—Espera aquí un momento.

Desapareció más allá de una puerta y encendí un cigarrillo. Había apurado la mitad cuando reapareció.

—Estaba dormida. Le he dicho que buscas al bastardo que la maltrató y está encantada de verte.

Me llevó hasta un dormitorio con cortinajes azules y extrañas luces indirectas. Sobre la gran cama yacía una mujer que se volvió hacia mí cuando entramos.

Tenía un ojo cerrado y negro y la cara llena de moretones.

—Hola, Jolian —dije sentándome en el borde de la cama.

—Hola.

—¿Reconocerías al fulano que te hizo eso?

—No lo olvidaré en mi vida... ¡Maldito sea!

Saqué una fotografía de Hellmut Dimytryk. Databa de muchos años atrás y no era muy buena, pero era la mica que existía en Occidente de aquel hombre.

—¿Se parecía a ese tipo?

La miró con su único ojo sano. Asintió poco a poco.

—Más viejo que en esta foto —murmuró—, pero era el mismo.

No podía creerlo. Tampoco podía decirles a las chicas que yo lo había matado años atrás...

—¿Estás segura?

—Es como si estuviera viéndole ahora... Una pesadilla.

—¿Te dijo cómo se llamaba?

—No... apenas hablaba.

Eso también coincidía con Dimytryk. Era como si hubiera resucitado.

—¿Fue tacaño contigo?

—¡Maldito sea un millón de veces! Pensé que después de todo lo que hizo se marcharía sin pagarme un centavo... no le hubiera reclamado... sólo deseaba que se fuera, que reventara... Pero me dejó un puñado de billetes y se rió antes de irse. Estaba loco..., completamente loco.

—Quinientos dólares —dijo Jenny Mae—. Eso fue lo que le dejó.

—Ya veo... Es el mismo tipejo que ando buscando. ¿Cuándo tropezaste con él, Jolian?

—Hace cinco noches...

La miré sintiendo un ramalazo de piedad por ella. Yo conocía bien a Hellmut Dimytryk, en consecuencia, Jolian podía darse por satisfecha de estar viva.

De repente, Jenny Mae atrapó la cubierta de la cama 7 de un tirón la arrojó a un lado. Jolian dio un leve grito porque estaba desnuda.

—¡Vuélvete de espaldas! —gritó Jenny.

Tras una vacilación Jolian obedeció. Vi su espalda.

Dimytryk había pasado por allí sin ninguna duda.

—Lo hizo con su cinto —dije, y apenas reconocí mi voz.

—¿Cómo lo sabes? ¡Sí, se quitó el cinturón y la azotó!

Jolian volvió a cubrirse y para entonces tenía las mejillas inundadas de lágrimas.

Apenas la oí cuando dijo:

—Mátelo, señor, si lo encuentra.

Me levanté y encendí otro cigarrillo.

De modo que estaba vivo. Era imposible, pero por algún prodigio del infierno estaba vivo.

—Deme un cigarrillo —pidió Jolian.

Le encendí uno y se lo pasé. Jenny Mae tomó otro y yo volví a sentarme en la cama.

—Serénate y trata de pensar en aquella noche, por favor.

—No hago otra cosa desde que sucedió...

—Recuerda todo lo que dijo. Sus palabras exactas si te es posible.

—Ya le dije que apenas si habló... Dijo que me recompensaría, pero que me mataría si gritaba o intentaba escapar.

—¿Viste si llevaba armas?

—Un cuchillo en una funda sujeta al cinto. Me lo mostró... Era largo y afilado y creí morir cuando lo acercó a mi cara...

Eso también coincidía con Dimytryk.

—¿Qué más dijo?

—Nada..., sólo gruñía como una bestia.

—¿Te dijo si pensaba volver otra vez?

—No.

—¿Dónde te encontró?

—En la calle, cuando yo salía de un club.

—Más claro, Jolian. ¿Qué hacía él, esperaba en la acera, se paseaba o te dio la impresión de que te esperaba a ti?

—No, nada de eso. Detuvo el coche justo cuando yo salía.

Di un respingo.

—¿Viste su coche?

—Claro.

—¿Qué marca era, qué modelo...?

Ella sonrió con sus labios hinchados.

—Muchas de nosotras tomamos precauciones cuando subimos al coche de un desconocido... Jenny Mae sabe eso. Anoté su matrícula sin que él lo advirtiera.

—Siempre lo hacemos —dijo Jenny Mae.

—¡Magnífico!

—Tráeme el bolso, Jenny...

Rebuscó en el interior de su bolso de mano hasta sacar una tirita de papel. Había una matrícula anotada con cifras apresuradas.

—El coche era un «Cadillac», gris plomo último modelo —dijo como aclaración.

—No escapará esta vez, muchacha. A menos que el coche fuera

robado, cosa que no creo.

Saqué algunos billetes y los dejé caer dentro del bolso que ella había olvidado sobre la cama. Me miró y sonrió otra vez con aquella mueca angustiosa debida al abultamiento de su cara.

Jenny Mae indagó:

—¿Has terminado de hacer preguntas?

—Sí, y he obtenido mucho más de lo que imaginaba.

—Entonces te enseñaré mi propio cuarto ya que estás aquí.

—Espera un minuto...

—Es sólo un anticipo si cazas a esa bestia... un pequeño anticipo. Vamos.

—Olvidalo.

Me miró, desafiante.

—¿Qué te pasa, no soy lo bastante buena para ti?

—No puedo saber si eres buena en ese aspecto o no. Pero quien no está en condiciones esta noche soy yo. ¿Sabes una cosa?

—Excusas.

—Yo debiera haberme casado esta mañana, dentro de pocas horas.

—¿Y no...?

—No. Y la culpa es de ese individuo y de otro al que el diablo confunda. De modo que no estoy de humor para acostarme contigo ni con ninguna otra chica.

Sacudió la cabeza.

—Qué cosas... —murmuró—. Una cree que ya lo ha visto todo en este podrido mundo y siempre aprende algo nuevo. En fin, yo no puedo darte la impresión de celebrar tu lima de miel, desde luego.

—Tal vez volvamos a vernos alguna vez —dije camino de la puerta—. Gracias por todo.

—Caminé en busca del coche. Ahora sabía que por alguna extraña pirueta del destino, Dimytryk estaba vivo. Todo lo que aquellas chicas me habían contado del sádico generoso encajaba perfectamente con lo que yo sabía de él. Sólo que con el tiempo también el maldito demonio debía haber perdido facultades, de lo contrario jamás hubiera permitido que una chica de vida alegre anotara la matrícula de su coche.

Conduje recto a mi apartamento y desde allí liara al condenado Byron Calhoun por teléfono.

Su voz sonó ronca a través del auricular.

—Aquí Conrad —dije—. Suspendí la boda.

—Ya contaba con que lo haría. ¿Me ha despertado sólo para eso?

—Tengo la matrícula de un coche. Averigüe a quién pertenece y si se denunció su desaparición por robo.

—Adelante.

Le dicté la matrícula y añadí:

—Es un «Cadillac» gris.

—Anotado. Deme unos minutos.

—Hay algo más...

—¿Sí?

—Hellmut Dimytryk parece que está vivo.

Oí su largo suspiro.

—Se lo dije. Las huellas...

—No lo estará por mucho tiempo, y esta vez le cortaré la cabeza para asegurarme de que no resucita. Y ahora una última cuestión.

—Le escucho.

—Se trata de la mujer muerta en las duchas...

—¿Y...?

—Haga lo necesario para que no sea un escándalo. Usted puede mover influencias suficientes para que el asunto no trascienda.

—Hice algo mejor que eso. Ya lo sabrá a su tiempo.

Colgó sin más trámite. Yo hice lo mismo maldiciendo entre dientes a aquel condenado tipo. Me sorprendí preguntándome a cuál de los dos odiaba más, si a Dimytryk o a Calhoun.

No había mucha diferencia de uno al otro...

CAPÍTULO IV

Eran las diez de la mañana cuando me apeé del coche a poca distancia de la impresionante verja que rodeaba un jardín como pocos había visto en mi vida. Aquélla era la dirección del propietario del «Cadillac» gris que había conducido Dimytryk.

Para entonces ya sabía que aquel coche no había sido denunciado por robo, de modo que la cosa se prestaba a interesantes conjeturas.

Caminé por la acera a lo largo del jardín, viendo a través de la reja los maravillosos parterres, los paseos de gravilla y la inmensa extensión de centelleante césped que se extendía hasta la lejana casa.

Podía ver las blancas paredes allí donde la espesura de los árboles lo permitía. No cabía duda que era una residencia de una categoría muy superior a la que Hellmut Dimytryk tuvo jamás.

Cuando hube rodeado todo el perímetro de la propiedad sin ver signo viviente alguno en el parque llamé al timbre de la verja y esperé.

Había un aparato electrónico en el pilar de la derecha y del altavoz surgió la pregunta en tono metálico.

—¿Quién es y qué desea?

—Mi nombre es Conrad. Deseo hablar con el señor Algren.

—¿Ha sido usted citado?

—Desde luego que no. Se trata de un asunto privado de grave importancia.

—El señor Algren no recibe a desconocidos.

—Hará una excepción esta vez. A menos que desee entenderse con la policía y la prensa.

Hubo una pausa breve. Luego el tipo que hablaba desde la casa refunfuñó:

—Aguarde. Consultaré...

De modo que aguardé fumando un cigarrillo. Minutos después la misma voz dijo por el aparato:

—Voy a abrir la verja. Se cerrará en cinco segundos.

Oí un chasquido y la enorme masa de hierro giró a un lado. Pasé y volvió a cerrarse como por encanto.

Caminé a lo largo del paseo de grava. Cuando me aproximé a la casa vi al tipo que me esperaba junto a la puerta abierta. Era delgado, alto, estirado como un palo. Su cara inexpresiva parecía tan humana como un pedazo de piedra.

—Soy el secretario del señor Algren —me notificó por todo saludo—. Hemos accedido a recibirle a causa de sus absurdas palabras, dado que su mención de la policía nos ha intrigado.

—Ya suponía que les intrigaría.

—Sígame.

Me llevó al interior de la formidable residencia. Para mantener aquella casa debía necesitarse una fortuna semanal.

—Entre ahí y aguarde unos minutos.

Obedecí. Me encontré en un reducido salón que contrastaba con el colosalismo de lo que llevaba visto hasta entonces.

Encendí otro cigarrillo y di un vistazo a los cuadros que salpicaban las paredes. Parecían auténticos y valiosos, aunque no soy un experto en pintura.

Oí abrirse la puerta y me volví.

—¿Conrad? —preguntó el hombre.

—Sí. Usted debe de ser Edward Algren.

—En efecto. ¿Qué diantres tiene que tratar conmigo? No me gustó su mención de la policía.

—A nadie le gusta que les polizontes metan la nariz en sus asuntos.

—Por favor, sea breve. Estoy muy ocupado.

—Vayamos al fondo del negocio. ¿Posee usted un «Cadillac» gris último modelo?

—Sí.

—¿Alguien se lo robó hace cuatro o cinco noches?

—No, que yo sepa.

—¿Pudieron robarlo sin que usted lo advirtiera?

—No ese coche. Tenemos cuatro en el garaje. Pudo haber desaparecido cualquiera de los otros pero el «Cadillac», está a mi

servicio. Lo utilicé ayer, de modo que está aquí.

—¿Lleva esta matrícula?

Miró el papel distraídamente.

—En efecto —asintió.

—Este coche, hace cinco noches, era conducido por un individuo que no era usted.

—¿Por la noche?

Asentí. Arrugó el ceño.

—Debe haber algún error. Mi chófer no se atrevería a llevarse ese coche sin mi consentimiento.

—Llámelo.

—¿Al chofer?

—Naturalmente.

Titubeó, como si obedecer una orden mía fuera algo que le erizara el pelo. Al fin oprimió un timbre y cuando una sirvienta asomó la cabeza por la puerta le ordenó buscar a un tal Harry.

Tras esto gruñó:

—Espero que todo esto no sea un ardid para conseguir algún fin oscuro, Conrad.

—No es ningún ardid.

—¿Por qué tiene ese interés por mi coche?

—Me interesa el hombre que lo conducía, no su coche.

—Sólo podía tratarse de Harry... y si es así le despediré. La servidumbre tiene un coche para su uso exclusivo.

El chófer llamó a la puerta y luego entró. Aunque muy remota, yo había albergado la esperanza de que fuera el propio Dimytryk.

—No lo era. Harry resultó un individuo corpulento, de cara ancha y ojos pequeños y muy juntos.

Algren le espetó:

—¿Qué pasó con el «Cadillac» hace cinco noches, Harry, lo utilizaste tú?

Enarcó las cejas, perplejo.

—Usted sabe que nunca me llevo ese coche aunque esté libre de servicio, señor.

—No obstante, me consta que el «Cadillac» fue utilizado por alguien esa noche.

—Fue la señorita, señor.

—¿Nellie?

—Sí, señor. El coche de la señorita Nellie hacía un ruido extraño y no quiso utilizarlo. La advertí que a usted no le gustaba que nadie condujera el «Cadillac», pero...

Terminó con un gesto de impotencia. Algren le despidió con un gesto. El millonario gruñó cuando se hubo cerrado la puerta:

—Mi hija se llevó el «Cadillac», acaba de oírlo, Conrad. Sin embargo, usted dijo que buscaba al hombre que lo conducía...

—Era un hombre. Desearía hablar con su hija si no tiene inconveniente.

—No creo que esté aquí. No he vuelto a verla desde anoche. Ella posee un apartamento en el centro. Debió quedarse allí.

—La veré en la ciudad si me da usted la dirección.

—Es el siete nueve de Ronson Boulevard.

Saqué la fotografía de Dimytryk y se la mostré.

—¿Conoce a éste hombre, señor Algren?

Sacudid la cabeza de un lado a otro. No necesitó pensarlo siquiera.

—¿Es el que conducía el coche? —preguntó después.

—El mismo. Y un sujeto muy poco recomendable... Gracias por atenderme, señor.

—No importa. Estoy intrigado. ¿Quién es ese individuo?

—No creo que adelantásemos nada si se lo dijera. Le quedo muy reconocido por su ayuda.

Me acompañó a la puerta. Adiviné que estaba sumamente intrigado, pero yo no lo estaba menos.

O Dimytryk había cambiado mucho, o los años le habían confiado. O, sencillamente, perdía facultades.

Regresé al centro de la ciudad dándole vueltas a lo que había averiguado hasta entonces. Si era realmente Dimytryk quién mantenía oculto al diabólico científico llamado Djaman, no parecía lógico que pensara detonar una bomba cargada de bacilos, o como fuera que la llamaban. El antiguo Dimytryk que yo conocía hubiera intentando un chantaje a gran escala en su propio beneficio. Para él, los dólares habían sido la suprema razón de vivir.

El apartamento de la hija de Algren resultó que estaba situado en la cumbre de uno de esos nuevos edificios de acero, aluminio y cristales que se erguía a poca distancia del parque Mac Arthur.

Subí, llamé a la puerta y esperé.

La muchacha que abrió era como para mirarla dos veces.

Casi tan alta como yo, tenía un cuerpo sinuoso, prieto y firme en el que se alzaban, desafiantes, los senos juveniles de piel morena apenas sujetados por un pañuelo de colores anudado a la espalda.

Sus caderas eran finas, pero no tanto que carecieran de la rotunda gracia de las ánforas romanas. Y sus piernas hubieran hecho la felicidad de cualquier publicista de ropa interior femenina.

—¿Y bien? —me espetó, impaciente.

—Acabo de tener una charla con su padre.

—¿Y qué?

—Es respecto al «Cadillac» gris.

Esbozó un gesto de sorpresa. Su cara era sencillamente perfecta, sus ojos azules y sus labios rojos y húmedos, poderosamente atractivos.

—Bueno, pase y veamos de qué se trata. Ese coche es de mi padre...

—Pero lo condujo usted hace unas noches.

—Desde luego. Y no atropellé a nadie que yo sepa.

—Alguien más que no era usted lo condujo hace cinco noches.

—Aunque eso fuera cierto, no veo una sola razón por la que deba...

—¿Quién?

—Escuche, señor entrometido. Devolví el coche al garaje sin un rasguño, así que lo condujera quien lo condujera no atropelló a nadie, no sufrió ningún encontronazo, no...

—No se trata de un accidente. Sólo quiero localizar al hombre que lo manejó, eso es todo.

—¿Para qué?

—Asunto confidencial. Privado.

—Ésa es también mi respuesta a sus preguntas. Asunto confidencial y privado. Nunca he consentido que nadie viniera a meter la nariz en mi vida privada.

Suspiré resignadamente. Aquella pájara me sacaba de quicio.

—Escuche, hermana —dije, impaciente—, el hombre que busco puede ser muy peligroso y es el que utilizó el coche, de modo que no quiera dárselas de lista conmigo.

Al tiempo que hablaba saqué la condenada foto de Dimytryk y se la mostré.

—¿Le conoce?

Estuvo mirándola un largo rato. Se encogió de hombros.

—No quiero seguir hablando con usted de mis amigos.

—Ya empezamos a llegar a alguna parte, si reconoce que este tipo es amigo suyo.

—Yo no dije eso.

—El condujo el «Cadillac». Y dado que no lo robó he de pensar que usted le autorizó, así que debe conocerle muy bien.

—Tampoco le he dicho nada semejante.

—Estoy agotando la poca paciencia que me queda, nena. Ese fulano es capaz de rebanarle el pescuezo sin pestañear y yo quiero localizarlo cuanto antes. No por su pescuezo que maldito si me importa, sino por otro asunto.

—Muy amable. Supongo que es usted polizonte...

—Se equivoca.

—Entonces, ¿quién diablos es usted, preguntón?

—Eso solamente, un «preguntón». Sin embargo, déjeme decirle que habrá de entendérselas con la policía si no me dice a mí lo que necesito saber. Y ellos no tendrán tanta paciencia como yo.

—Pues sí que es usted un tipo paciente... Oiga, deme un cigarrillo, ¿quiere?

Encendí dos y le entregué uno. Aspiró el humo con placer, voluptuosamente, sin dejar de mirarme. Después fue a sentarse a un diván y me señaló una butaca.

—Siéntese ahí, donde pueda verle —dijo—. ¿Cuál es su nombre?

—Conrad. Nelson Conrad.

—Bueno, Nelson, querido. Voy a escandalizarle ya que se empeña.

—Yo no me escandalizo a estas alturas. He dado demasiados tumbos. ¿Qué va a decirme, que se acostó con ese tipejo de la foto?

Se echó a reír.

—Es usted chistoso —dijo—. Apenas conozco a ese hombre, pero no me gusta. Es más, me produce dentera con sólo verle los ojos. No, no fue con él.

—Entonces se acostó con otro.

—¿Le importa?

—En absoluto a menos que esté relacionado con mi negocio.

—Mire, voy a decírselo y después podrá irse al infierno. Mi

amigo se llama Andy. Nos vemos de vez en cuando sin que lo nuestro sea un romance pegajoso ni nada de eso. Bueno, aquella noche que yo me traje el «Cadillac» estábamos citados aquí. El vino en compañía de ese individuo de la foto... Dijo que eran amigos, tomaron unos tragos y después el otro se fue llevándose las llaves del coche. Andy me dijo que necesitaba hacer unas gestiones esa noche y no disponía de coche porque el suyo estaba averiado. Es así de sencillo.

—No puedo creerlo. Es demasiado burdo por parte de él.

—Créalo o no, es la verdad.

—Tal vez lo sea, pero hay algo que no encaja.

Se encogió de hombros, indiferente. De pronto dijo:

—Usted se parece a Andy, ¿sabe?

—No me diga.

—Mucho, aunque usted es más rudo que él. Apuesto que no es un tipo recomendable.

—¿Le preocupa eso?

—No demasiado, la verdad... Venga, siéntese aquí, a mi lado.

—Estoy bien en esta butaca. Hábleme de su amigo Andy.
¿Dónde puedo encontrarlo?

—Venga aquí, Nelson Conrad.

Al mismo tiempo palmeó el asiento a su lado. Debía creerse original seguramente.

—Me interesa su amigo.

—No le hablaré de Andy a menos que se acerque a mí.

—Muchacha, yo jugaba a ese juego cuando usted andaba en mantillas.

Se echó a reír y volvió a palmear el diván. Me levanté y fui a sentarme donde ella quería.

Noté la presión de su muslo en el mío.

—Andy, ¿recuerda, encanto? Su amigo Andy.

—Oh, no sea monótono. Andy es un simple episodio.

—Eso es lo que yo no quiero ser. Un «episodio». Hábleme de él y de dónde puedo encontrarle.

—Usted nunca podría ser como él. Es demasiado rudo. Apuesto que no dejaría que una chica le manejara. ¿No es cierto, Nelson?

—Cualquiera sabe.

—Vamos a probarlo.

Me rodeó el cuello con los brazos y estrelló su boca contra la mía. Era una nena con pocos años pero con una experiencia enciclopédica. Su manera de besar resultaba todo un curso erótico.

La dejé hacer pero no pude evitar poner algo de mi parte en el juego. Sólo una figura de madera hubiera podido mostrarse indiferente bajo aquella llamarada.

Cuando le faltó el aliento se apartó jadeando. Sonrió.

—No ha podido, ¿eh? —dijo.

—¿Qué?

—Resistir. Unos segundos más y te hubieras rendido.

—Quisiera saber en qué escuela aprendiste. Volvamos a Andy.

No había soltado mi cuello y no lo soltó todavía.

—Se llama Andy Ingalls.

—Ya hemos avanzado un paso. ¿Dónde vive?

—Bésame.

La besé. Si era la única manera de sacarle lo que yo quería decidí aprovecharlo.

De nuevo el mundo pareció estremecerse bajo el impacto de su boca. En otras circunstancias yo hubiera podido alcanzar las más altas cimas del amor en sus brazos.

La ahogué hasta que de nuevo le faltó el aliento. Entonces repetí:

—¿Dónde vive?

—En Coronado.

—El número.

Me miró especulativamente. Sus ojos chispeaban audaces, excitados.

—Treinta y dos —dijo al fin.

Me levanté. Como ella siguió colgada de mi cuello se levantó también hasta que sus pies perdieron contacto con el suelo.

—Debería darte unos azotes, Nellie —dije obligándola a soltarme—. Algún día aprenderás que estas cosas no se hacen de ese modo.

—Enséñame entonces.

—En otra ocasión.

Me largué hacia la puerta y la oí reír. Justo cuando giraba el tirador ella dijo:

—Vuélvete.

Me volví. Se había quitado lo poco que llevaba puesto y me miraba como si aquello fuera la cosa más divertida de este mundo.

Decidí que estaba más loca que un chivo. Y casi lamenté tener tanta prisa.

Abrí la puerta y salí a escape. Tenía la garganta seca y su imagen dorada danzaba ante mis ojos. Me acompañó todo el camino hasta la avenida Coronado.

A ambos lados de ella se alineaban lujosos *bungalows*. Era un distrito residencial de nueva planta que había sido planeado desde el principio en sus menores detalles. Quizá ésa fuera la razón de que resultara tan aséptico y monótono.

Él número treinta y dos no se diferenciaba mucho de los demás. Atravesé el prado de césped, llamé a la puerta y no acudió nadie.

Miré en torno. El sol ardía y todo parecía reverberar bajo su luz cegadora. No pude ver a nadie en ninguna parte.

Probé el tirador de la puerta y ésta se abrió sin dificultad. Entré y cerré a mis espaldas dejando que mis ojos se adaptaran a la suave penumbra del interior.

Luego me adentré en la vivienda. Si uno quiere conocer a alguien no hay más que ver cómo vive para captar infinidad de detalles.

En el caso de Andy Ingalls sólo pude ver cómo había muerto.

CAPÍTULO V

Yacía de costado sobre la alfombra, al pie de una butaca. La bala le había penetrado en la nuca y al salir había hecho un feo trabajo.

De nuevo me sentí desconcertado. Todo aquello era un cúmulo de despropósitos tratándose de un fulano como Dimytryk.

Estaba contemplando el cadáver del pobre tipo cuando alguien dijo a mi espalda:

—Levante las manos, Conrad. Poco a poco y no se vuelva.

Obedecí. Otra voz indicó:

—Regístrale.

Encontraron el revólver de cañón corto y se apoderaron de él. Entonces dejaron que les contemplara a placer.

No eran ninguna belleza. Tipos como aquellos dos monos los hay en todas las alcantarillas.

—Pórtese bien —dijo el que me había librado del revólver—. Tenemos para un rato.

El otro se acercó al teléfono y descolgándolo marcó un número. Esperó largo tiempo hasta que obtuvo respuesta.

Entonces dijo:

—Ya lo tenemos. Ha entrado como un pajarito... ¿Cómo...? Está bien.

Se volvió tendiéndome el auricular.

—Quiere hablarle —gruñó.

Aquello también era chocante.

Tomé el aparato y dije:

—Hable.

—¿Conrad?

—Sí.

—Ha perdido facultades, hijo de perra.

Aquella voz sonaba rara, con un leve acento extranjero. Podía tratarse de la voz de Dimytryk como podía ser la de otro cualquiera.

—¿Hellmut?

—Dimytryk. Apuesto que se ha llevado la mayor sorpresa de su vida, Conrad.

—No lo niego. Aunque no creo en resucitados.

—Habrá de creer forzosamente porque un resucitado es quien le matará. Pero no a tiros... Poco a poco.

—Espero que antes tengamos ocasión de charlar un poco, camarada. Por ejemplo, de Gust Djaman.

Le oí reír de un modo brusco.

—Desde luego. Yo también quiero tener una parrafada con usted antes de hacerle tiras. Pensé que me costaría más atraerle a la ratonera, pero ha sido condenadamente fácil... Ya no es usted el mismo que era, Conrad. Se tragó el anzuelo desde el principio.

Eso explicaba que hubiera sido tan fácil seguirle la pista. El mismo había dejado los rastros que me habrían de llevar paso a paso hasta el matadero.

—Póngase cómodo, no tardaré en llegar. Ahora devuelva el auricular a mi socio.

—¿Socio?

Le tendí el aparato al individuo que esperaba. El escuchó por espacio de un minuto, asintió un par de veces y colgó.

—Hemos de esperar —dijo—. Siéntese ahí y no quiera sentirse héroe.

Señalaba una silla. Me encogí de hombros. Él se guardó mi revólver en el bolsillo, de modo que sólo hubo una pistola amenazándome.

Llegué hasta la silla, pero en lugar de sentarme la levanté volteándola y con el mismo impulso la arrojé contra el que estaba armado.

El gritó y tiró del gatillo. No sé a dónde pegó la bala, pero vi la silla reventarle la cara y me desentendí de él. El otro sacaba ya el revólver.

Le golpeé antes que terminara el movimiento. Casi esquivó el mazazo, no obstante se fue dando traspiés y manoteando.

Salté hacia él y le hundí el puño en el hígado. Aulló y echó a correr apartándose de mí todo lo que pudo mientras volvía a buscar el arma.

Le atrapé justo cuando sacaba el revólver, Le descargué un

trallazo en la muñeca con el borde de la mano. Sus huesos crujieron y el revólver salió volando.

El dolor le arrancó un alarido agudo como el filo de un cuchillo. Aún estaba aullando cuando le descargué otro mazazo en plena cara y se fue contra la pared donde rebotó, desplomándose.

Entonces me volví hacia el otro. Ya era tiempo, porque venía hacia mí con la cara convertida en un mar de sangre.

Vi la pistola en su mano y supe que nada podría evitar que me liquidara. Entonces el otro chilló algo que no entendí y el tipo vaciló.

Aproveché para disparar un puntapié a su mano armada y la pistola desapareció. Pero él pudo atraparme entre sus manazas y no era blando precisamente. Sentí que me estrujaba los huesos como una máquina de trinchar carne. El otro rugió animándole a pesar de que el fulano no necesitaba estímulos.

Descargué un codazo hacia atrás y él bufó, pero no me soltó. Estaba casi sin aliento cuando pude voltearlo por encima de mí. Los pulmones me dolían y la garganta me ardía al introducir aire forzadamente por ella.

El otro se levantaba, entonces, a duras penas. El brazo derecho le colgaba con la muñeca rota y su cara era una máscara de furia destructiva.

Le di tiempo porque debía ocuparme de su compinche que también se había levantado gruñendo como un oso. La sangre que se desbordaba de su cara salpicaba la alfombra.

Le dejé venir. Le consentí que su zarpa me alcanzara por el cuello. Entonces le sacudí un zurdazo de abajo arriba que estalló en su mentón como una bomba. Puso los ojos en blanco y hubiera salido disparado hacia atrás si no le hubiese atrapado al vuelo.

Di un vistazo al otro mientras rodeaba el cuello del fulano con mi brazo. Vi que se sostenía la muñeca rota con la otra mano y gritaba algo.

Apretó el dogal en torno al cuello del mono de turno. Apreté más y más mientras él cometía el error de querer soltarse agarrándose a mi brazo para librar su cuello. Es el error fatal de todos los inexpertos, los que no han sido adiestrados para esa clase de trabajo.

Cuando quiso darse cuenta las vértebras de su cuello crujieron,

emitió un ahogado bramido y luego todo su cuerpo sufrió una tremenda sacudida. Tras esto quedó flojo entre mis brazos.

Estaba muerto.

El otro buscaba el revólver más allá del cadáver de Andy Ingalls. Tomé impulso y le arrojé a su compinche. El cuerpo le cayó encima derribándole de bruces.

Cuando llegué a su lado pugnaba por librarse del peso del cadáver. Le pateé la cara hasta que soltó el revólver que ya había atrapado bajo sus dedos.

Entonces le dejé que se levantara también. Su cara no había ganado nada con los puntapiés.

Me miró por entre la sangre, tambaleándose sobre los pies.

Le dejé que me viera bien. ¿Por qué no? Después de todo estaba mirando a su verdugo.

El hombre estaba rabioso. Cualquiera en su situación lo hubiera estado. Empujado por la furia aún sacó fuerzas de alguna parte para saltar contra mí.

Volteé la mano y le incrusté las puntas de los dedos en la garganta. Se detuvo en seco, giró sobre los pies y se llevó las manos al cuello como si quisiera desgarrárselo para que entrara aire en sus pulmones.

La boca se le llenó de sangre. Me miró por última vez, horrorizado, y luego cayó de bruces con un ronco estertor sacudiéndole de arriba abajo.

Fui hacia la puerta y me aseguré de que estuviera abierta. Tras esto corrí todas las cortinas de modo que la penumbra fuera aún más oscura y al fin, apartándome de los cadáveres, recogí mi revólver y me dispuse a esperar al resucitado Dimytryk.

Dos horas más tarde seguía esperando.

Hellmut Dimytryk no se presentó.

CAPÍTULO VI

Byron Calhoun permaneció mudo después de escucharme. No cabía duda que estaba preocupado.

—De modo —murmuró al fin—, que Dimytryk no se presentó...

—Perdí casi todo el día esperando. No fue nada divertido contando solo con la compañía de tres cadáveres. De cualquier modo debí calcular que ese maldito seguía siendo el mismo demonio astuto que conocí en otro tiempo. Seguramente convino con el tipo que le telefoneó que le llamaría en un momento determinado si todo seguía bien. Al no recibir la llamada supo que la cosa se había estropeado.

—¿Por qué iba a tomar tantas precauciones? Usted estaba desarmado y en poder de sus dos pistoleros.

—Opino que Dimytryk apenas daba crédito a mi estupidez. Y tenía razón. Fui un tonto al hacerle el juego. Seguí una pista tan clara que debí sospechar desde el principio que era una trampa. Así que él debió imaginar que yo no estaba allí solo, que no podía ser tan rematadamente idiota como para ponerme en sus manos con esa facilidad. Debió imaginar que detrás de mí había todo un enjambre de sabuesos... y convino una contraseña con sus hombres.

Y gracias a eso estamos como al principio.

—Poco más o menos. Y hasta ahora no hemos averiguado ni una palabra respecto al científico desaparecido.

—Y ha pasado un día. Sólo nos quedan seis.

Pensé que a estas horas yo debiera haber estado casado con Alice. Caí en la cuenta de que la debía una más extensa explicación ahora que ya debía estar más calmada.

—¿Qué pasó con la chica muerta en las duchas? —le espeté de pronto al gran hombre.

Esbozó una mueca.

—Todo está bajo control. Envié a alguien para que retirara el

cadáver.

—¿Sabe ya quién era aquella mujer?

—Aún no. Pero lo importante es que no fue descubierta allí por la familia de su novia, Conrad, de modo que olvide ese episodio y concéntrese en su trabajo. Piense que sólo nos quedan seis días.

—Y ni una pista. A menos, claro está, que Dimytryk vuelva a intentar cazarme. Ahora sé que está vivo y que arde en deseos de ajustarme las cuentas. Debe odiarme como al demonio. Es mi única esperanza, porque ahora no caeré tan estúpidamente en otra ratonera.

—No sólo le odia a usted, sino a este país. Además debe tener algo que no funciona en su podrido cerebro porque de otro modo no se comprendería que estuviera dispuesto a desencadenar ese cataclismo sobre nosotros...

No le discutí ese extremo porque yo opinaba lo mismo. Además, que algo no funcionaba en el cerebro de Dimytryk yo lo sabía desde siempre.

Cuando abandoné la oficina de Calhoun no era precisamente un hombre feliz. Había cerrado la noche y mis ideas eran tan negras como el firmamento sin luna.

Me dirigí a mi apartamento. Me obsequié con un gran trago antes de descolgar el teléfono. Disqué el número de Alice y esperé.

Oí la voz de su padre.

—Aquí Conrad —dijo—. Quisiera hablar con Alice, por favor.

—¿Conrad?

Pensé que se disponía a colgar y dije apresuradamente:

—¡Espere un minuto! Dentro de poco tiempo podré explicarles la razón de...

—¿No estuvo contigo Alice esta tarde?

Quedé mudo.

—Fue a reunirse contigo —añadió él con voz aguda—. Pensábamos que estabais juntos.

—Un momento. ¿A dónde se supone que debía reunirse conmigo?

—No lo sé. Pero tú sí debes saberlo ya que la citaste.

—¡Maldita sea! Yo no la telefoneé en absoluto.

—¿Que tú no...? Eso no tiene sentido. Ella salió después de hablarte por teléfono y aún no ha vuelto.

—Alguien la citó en mi lugar.

—¡Nelson! ¿Qué quieres decir con eso?

Comenzaba a alarmarse y yo no podía hacer nada para tranquilizarle porque estaba mucho más alarmado que él.

—Lo averiguaré —dijo—. Volveré a llamarle cuando sepa algo concreto.

—¡Nelson, espera...!

Colgué con una profunda angustia atenazándome. Alguien había llamado a Alice en mi nombre y ella había acudido a una cita...

¿Una cita con Dimytryk?

Decididamente no debí haberme metido en semejante embrollo. Los años no pasan en balde y yo estaba acabado.

Maldije en voz alta buscando un resquicio de esperanza en la negrura de mis temores. Quizá Alice había querido darme con otro hombre en las narices y se había citado con cualquiera. Regresaría a casa en un momento...

Fue inútil. Si alguien la había citado en mi nombre no había más que una explicación.

Entonces sonó el teléfono. Lo descolgué de un zarpazo y casi grité mi nombre.

—¿Qué le pasa, Conrad? Estuve llamándole durante horas.

Era aquella voz.

Su voz.

—¿Dimytryk?

—¿Podría ser otro?

Le oí reír. Luego, una mujer gritó con voz aterrorizada.

El seguía riéndose y dijo entre carcajadas:

—¿La oye, Conrad? Es preciosa... todavía.

—¿Alice?

—Claro.

—Tú ganas, maldito chacal.

—Seguro. Siempre gano la última partida.

—¿Cuáles son tus condiciones?

—Muy sencillas, Conrad. Venga solo, sin armas. Sólo así ella podrá irse libremente.

—Si le has causado el menor daño, Dimytryk, nada evitará que te haga pedazos.

—Hasta ahora sólo le he dicho lo que le reservo si usted no

viene a sacarla de aquí. No le ha gustado saberlo... Aunque pensándolo bien, Conrad, casi preferiría que no viniera. Pocas veces he tenido una mujer tan delicada entre mis manos.

Yo sabía que no la soltaría de ningún modo, tanto si yo me entregaba como si no. No podía dejarla libre porque ella le conocía y podría identificarlo en todo momento. Además, su podrido cerebro no le permitiría renunciar a todas las aberraciones que las mujeres le inspiraban, y menos tratándose de una muchacha tan bella y que, por añadidura, debía morir.

—De acuerdo —dije—. Iré a dónde tú digas.

—Sólo, Conrad.

—Sí.

—Estará vigilado. Si intenta cualquier truco, su hermosa novia quedará muy malparada.

—No lo repitas.

—Bien, debe seguir la carretera del norte hasta dejar atrás el pueblo de Portales.

—Entendido.

—Encontrará un desvío a la derecha. Un indicador señala que aquél es el camino de Cañada. Sígalo hasta un lugar donde habrá un coche negro esperándole.

—¿Y qué hago entonces, cambio de coche?

—No, sólo sígalo.

—¿Eso es todo?

—Y suficiente.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Cinco minutos más tarde estaba viajando a toda velocidad rumbo a Portales y Cañada.

Y hacia la muerte.

CAPÍTULO VII

El coche negro era un sedán viejo que me guió por un camino infernal hasta una destartalada construcción rural con todo el aspecto de estar abandonada desde los tiempos de la fiebre del oro por lo menos.

Del sedán bajó un individuo amazotado con cara cretinoide. Llevaba el cabello cortado casi al rape y tenía unas manazas tan grandes como jamones.

Esperó a que yo me apeara también y sin una palabra se encaminó a la entrada de la casa.

Abrió la puerta y esperó a que yo pasara. Luego la cerró y él señaló un pasillo.

Al fondo del pasillo había una puerta abierta mostrando un polvoriento aposento iluminado.

Me detuve en el umbras mirando a la muchacha sujeta a una silla.

Alice me devolvió la mirada. Sus ojos desorbitados expresaban todo el terror del mundo. Una ancha tira de esparadrapo sellaba su boca.

De pie tras ella estaba Hellmut Dimytryk.

Si hubiera albergado alguna duda sobre su existencia se habría esfumado en aquel instante.

Era Dimytryk en persona. El hombre al que yo había matado.

—Conrad, he vivido estos años pensando solo en este momento —dijo cachazudamente.

—Aún me resisto a creer que salieras vivo del mar.

—Fue pura chiripa. Siempre fui afortunado, ya sabe. Caí al agua inconsciente. Las olas me arrojaron al interior de una gruta arenosa apenas medio minuto después y allí recobré el conocimiento.

—Ya veo...

—Curarme tres balazos sin disponer de medio no resultó

agradable, pero pude detener la sangre y eso me ayudó.

—De acuerdo, escapaste con vida. Pero has tardado tres años en ajustarme las cuentas. Mucho tiempo, Dimytryk.

—Hubiera podido acribillarte un millón de veces de haberlo deseado. Pero no quería esa clase de muerte para ti... ¿Te molesta que te tutee? Bien, quería hacer las cosas de otro modo y vengarme de tu maldito país al mismo tiempo. Ahora tengo ambas oportunidades.

Por el rabillo de ojo vi al orangután que había conducido el sedán negro. Estaba casi detrás de mí y sostenía una pistola entre los dedos. No me apuntaba, pero era lo mismo porque estaba fuera de mi alcance.

—Gracias al profesor Djaman —dije.

—El pobre viejo... es feliz al poder desarrollar toda su ciencia sin la menor traba.

—Supongo que quieres decir que está chiflado...

—Digamos que se ha alterado su escala de valores. Siéntate ahí, Cobrad, cerca de tu amada.

Ocupé la silla que me indicaba. No podía hacer otra cosa. Alice giró los ojos en las órbitas completamente desbordada por el pánico.

Dimytryk dio una orden y su pistolero cretinoide vino a atarme a la silla. Hizo un trabajo chapucero pero endiabladamente efectivo.

—Déjala marchar ahora, Dimytryk —dije, sabiendo que no lo haría.

Se echó a reír.

—Ya dije que habías perdido facultades. Debiste suponer que no podía soltarla de ningún modo. Ni lo quiero tampoco. ¿Dónde encontraría otra semejante y con la que pudiera llegar hasta el fin?

Yo sabía lo que aquello quería significar. Sentí el frío de la muerte en mis venas solo con imaginarlo.

Debía distraerle, que no pensara en Alice. Ganar tiempo y esperar que sucediera un milagro que librara a la muchacha antes de que aquel engendro del infierno pudiera ponerle las manos encima.

—Dimytryk —dije—, no comprendo como un tipo con el cerebro tarado como tú pudo alcanzar tantos éxitos en otro tiempo.

Sus ojos centellearon.

—No digas eso, Conrad —gruñó.

—¿Lo de tu cerebro? Supongo que sabes perfectamente que lo tienes podrido, tarado por completo.

Vino hacia mí rechinando los dientes y comenzó a abofetearme una y otra vez.

Mi cabeza osciló violentamente de un lado a otro. Apenas experimentaba dolor. Sólo ira. Pero Alice me miraba ahora con los ojos desorbitados, como si fueran a saltarle de las órbitas.

De pronto Dimytryk se detuvo jadeando como un fuelle. Se volvió hacia su gorila y gruñó:

—Vete fuera y vigila.

El hombre respondió con un gruñido. Salió y cerró la puerta.

Entonces aquel tarado sacó un cuchillo de alguna parte y se acercó pasando suavemente el dedo por el agudo filo.

—¿Sabes, Conrad? Primero pensé dejarte vivir hasta que vieras los efectos de la bomba bacteriológica. Será algo grande porque no existe antídoto alguno capaz de acabar con los bacilos inmunizados del viejo. Pero dado que yo me pondré a salvo no podría ver tu muerte.

—Eso sería lamentable, desde luego —dije rechinando los dientes.

—Así que no verás el gran acontecimiento.

—¿Tanto tardará en producirse?

—Exactamente dentro de cinco días.

—¿Dónde?

Se echó a reír.

—Aún tienes la esperanza de librarte y evitarlo, ¿eh?

—Nada de esperanzas. Te conozco demasiado bien. Es sólo curiosidad.

—Aquí mismo, en California, Conrad. Pero la muerte se extenderá en todas direcciones...

—¿Y qué conseguirás con eso? No te levantarán un monumento precisamente.

Siguió riéndose.

—¿Para qué quiero monumentos? Quiero vengarme, eso es todo. Fueron tus jefes los que tejieron la trama que me desacreditó ante los míos. Lo hicieron tan bien que me sentenciaron a muerte. Escapé de milagro... sólo para que entonces me cazaras tú. Bien,

alguien tiene que pagar por todo eso.

Me acercó el cuchillo a la cara. Vi centellear el acero y apreté las quijadas dispuesto a no darle la satisfacción de gritar.

Alice se revolvió bajo sus ligaduras, frenéticas. Bajo la mordaza ella sí intentó chillar empavorecida.

Eso llenó de placer al maldito sádico que era Dimytryk.

Trazó un zigzagueante relámpago en el aire con el cuchillo y de pronto lo llegó hacia mi pecho. Las ropas se abrieron como cortadas por una cuchilla de afeitar. Lo malo fue que igualmente se abrió mi piel y el pecho me ardió como una llamarada. Sentí deslizarse la sangre y oí sus carcajadas de demente.

Alice emitió un ahogado alarido cuando descubrió la sangre que empapaba mi camisa. El dolor de quemadura se aplacó de momento, pero aquello era sólo el principio.

Se apartó contemplándome con ojo crítico. Luego •recogió una tira de cuero y la hizo restallar en el aire.

Lo que siguió a continuación fue una delirante pesadilla de dolor y de sangre que duró tanto como duraron mis sentidos.

Cuando perdí el conocimiento cesó la tortura. Pero incluso inconsciente creí que seguía oyendo los ahogados alaridos de Alice... y las demenciales carcajadas de Hellmut Dimytryk.

CAPÍTULO VIII

Floté en un mar de dolor y cuando recobré el conocimiento Dimytryk había desaparecido.

Ignoraba el tiempo que había transcurrido desde que empezara la pesadilla. Me sentía al borde de la muerte con tanto dolor. Además, la debilidad comenzaba a hacer presa en mi conciencia y eso era un mal presagio porque podía dejar paso al miedo.

El simple movimiento de ladear la cabeza para mirar a Alice me produjo una marea de dolor que estuvo a punto de dejarme otra vez inconsciente.

Ella lloraba y se debatía bajo las cuerdas. No podía hablar debido a la mordaza, pero oír perfectamente sus ahogados gritos.

Probé mis ataduras sin ninguna esperanza.

Era como intentar cortar una cadena con los dientes. Tenía todo el cuerpo entumecido y el viscoso contacto de mi propia sangre empapándome me daba náuseas.

Al fin pude hablar.

—¿Hace mucho tiempo que se ha ido? —dije.

Ella asintió con un gesto. La expresión de su cara era del más absoluto horror.

Traté de relajarme. Me negué incluso a pensar porque el porvenir ya no podía ser más negro y reflexionar sobre él no resultaba precisamente un consuelo.

Pasó más tiempo. Horas y horas. La sangre había dejado de manar de la infinidad de heridas que cruzaban mi cuerpo.

Al fin algo se movió al otro lado de la puerta. Me parecieron unos pasos quedos. Un instante después la luz se apagó y oí el chirrido de la puerta al abrirse.

Los pasos quedos se aproximaron vacilantes. Unas manos tropezaron conmigo y palparon mi cara ensuciándose de sangre. Quien fuera contuvo la respiración.

Dominándome dije:

—Si no hubieses apagado la luz todo sería más fácil, incluso matarme.

Las manos dejaron de tantearme el rostro y comenzaron a trastear a mi espalda. Las cuerdas se aflojaron de pronto y las manos se alejaron. Apenas unos segundos después oí cerrarse la puerta y la luz brilló de nuevo.

Hice presión con las manos. Las cuerdas cedieron y me vi libre.

Alice jadeaba rebosante de angustia y esperanza, pero apenas podía valerme. Moví las manos para devolverles la vida y un dolor de locura culebreó hasta el fondo de mi cerebro.

Al fin estuve en condiciones de librarme de las ataduras que sujetaban mis pies. Me costó no pocos esfuerzos, pero lo conseguí.

Intenté levantarme y estuve a punto de caer. Fuera de la casa oí el motor de un coche al ponerse en marcha y alejarse. Una puerta golpeó en alguna parte y sonaron pasos lentos en la casa.

Di un traspié hacia la mesa desvencijada. Sobre ella estaban el cuchillo y el látigo. Pude atrapar el cuchillo y regresó a la silla seguro de que no podría manejarlo.

Me instalé igual que estuviera antes, como si aún siguiera atado.

Dimytryk entró frotándose las manos. Sólo me miró a mí, no a la mesa.

—Hola, Conrad —cacareó—. Te ha costado mucho volver al mundo de los vivos. Ahora continuaremos la fiesta y cuando te desmayes otra vez nos divertiremos un poco tu novia y yo. ¿Oyes lo que te digo, Conrad?

Asentí con un gesto.

—Estás loco, Dimytryk. Tienes el cerebro apolillado... Si no te matan antes acabarás en un manicomio, metido en una celda acolchada...

Vino recto hacia mí echando chispas. Me abofeteó completamente fuera de sí.

Entonces me impulsé hacia adelante, empujándolo con todo mi peso.

Lo sentí penetrar en su cuerpo blandamente. Una cosa diabólicamente fácil.

Dimytryk emitió un rugido y trató de retroceder. Empujé más el cuchillo enterrándolo en su cuerpo hasta la cruz.

Se fue dando tumbos hacia atrás, mirándose despavorido los borbotones de sangre que brotaban de la enorme herida de su barriga.

Yo me había quedado con el cuchillo y se lo mostré al levantarme.

—Han cambiado los papeles..., bastardo...

Cayó de rodillas, las manos engarfiadas en la herida. La sangre burbujeaba entre sus dedos.

Llegué a su lado y las piernas me fallaron, de modo que caí junto a él.

—La bomba —jadeó—. ¿Dónde está?

Sacudió la cabeza.

—¿Y el científico, ese Djaman?

—Mué... rete...

Apoyé la punta del cuchillo un poco más arriba del torrente de sangre que saltaba de su cuerpo.

—¿Dónde, Dimytryk?

Negó otra vez y yo presionó el acero.

Desorbitó los ojos de una manera espantosa. Boqueó, ahogándose, mientras la hoja de acero le penetraba poco a poco.

—¡Dónde, maldito! —insistí.

—No... ¡NO!

Alice aullaba en silencio detrás de mí, aún sujeta a su silla. La oía a pesar de la mordaza, pero de momento era preferible que siguiera imposibilitada de gritar en voz alta y libre.

Dimytryk cayó hacia adelante. Retiré el cuchillo que chorreaba sangre.

Su voz fue un gorgoteo cuando dijo:

—Nunca... lo... sabrás... a... a tiempo... moriréis... todos...

La boca se le llenó de sangré. Vomitó angustiosamente y después quedó tendido de bruces, muerto.

Retrocedí con todas las furias del infierno dentro de mí. Hube de aguardar más de cinco minutos para sentirme con fuerzas suficientes para caminar hasta Alice y cortarle las ataduras.

—No te muevas aún —dije—. Espera a reaccionar...

—¡Nelson...!

—Ya pasó...

—Le has...

—¿Matado?

Asintió incapaz de hablar.

—Siento que hayas debido presenciarlo, pero lo único que lamento es que haya muerto tan pronto. Necesitaba hacerle hablar, aunque los tipos como ése no hablan casi nunca.

—No... no podré olvidarlo nunca... tus manos llenas de sangre...

—¿Las manos? Tengo sangre por todo el cuerpo.

De pronto caí en la cuenta de que ella estaba más horrorizada por haberme visto matar a Dimytryk que por todo lo demás. Algo se había roto, desgarrándose, en su interior.

—Hemos de salir de aquí —dije—. No te muevas hasta que venga en tu busca.

—¡No quiero quedarme...!

—He de cazar al guardián.

La dejé sola y salí al pasillo.

Del tipo cretinoide no encontré el menor rastro. Tampoco estaba en el exterior el sedán negro, pero sí continuaba allí mi coche y otro azul bajo un cobertizo.

El cielo empezaba a clarear cuando salimos los dos.

Hasta entonces había registrado toda la maldita casa hasta los cimientos, pero no pude encontrar ni la sombra de una pista que me condujera hasta el científico chiflado o su bomba.

CAPÍTULO IX

Desperté en el hospital y sentí todo el cuerpo rígido como si me hubiesen convertido en una momia.

Llevaba vendajes suficientes para ser confundido con una de todos modos. Aún quedaba dolor pero ya era soportable. Lo que resultaba insoportable era el recuerdo de lo sucedido, y la cara de Dimytryk que yo continuaba viendo en mi imaginación en los atroces instantes en que se entregaba, demencial, a su placer favorito de hacerme tiras.

De cualquier modo peor debía sentirse Alice, porque ella también lo había visto.

Se abrió la puerta y entró Calhoun. Cerró cuidadosamente y se acercó al lecho.

—Veo que tiene mejor aspecto —empezó.

—No sé cómo será mi aspecto, pero me siento peor que nunca sujeto a esta maldita cama.

—Lleva dos días aquí. ¿Lo sabe?

—Desgraciadamente, sí.

—Lo cual significa que sólo nos quedan tres para localizar a Djaman y su bomba.

—Menos de tres para ser exactos. Y no estamos ahora más cerca de él que cuando empezamos a buscarle.

El suspiró, impaciente. Alisó las ropas de la cama antes de sentarse en el borde de lecho.

—Yo no diría tanto —murmuró—. Reflexione, Conrad. Por lo que me contó, hubo alguien metido en la casa que le libró de las cuerdas... alguien que entró con extrema cautela, a oscuras...

—Cierto. Llegó hasta mí a tientas.

—Piense, Conrad. ¿Quién pudo ser? En última instancia, esa persona enquistada en las filas enemigas puede ser nuestro potencial aliado...

—Ya pensé en eso y es inútil. No pronunció una palabra, no habló en absoluto. Sólo llegó, cortó mis cuerdas y se largó.

—¡Maldita sea! No pudo tratarse de un desconocido. Fue alguien a quien usted conoce, de lo contrario, ¿por qué había de apagar la luz? No quería que usted le viera. Tiene que ser así.

—Pues se salió con la suya porque no tengo la menor idea de su identidad.

El masculló un juramento.

—Reflexione —insistió—. Tómese tiempo. Recuerde. Conrad..., recuerde...

Cerré los ojos, fastidiado. Ya me había estrujado los sesos pensando en aquello y no había conseguido nada.

No obstante me concentré una vez más. Pensé en el dolor, en la agonía interminable que padecía en el momento de apagarse la luz. En lo que siguió a continuación, en aquellas manos que tantearon mi cara.

Pegué tal brinco en la cama que por poco no arrojé a Calhoun al suelo.

—¡Una mujer! —exclamé—. ¡Fue una mujer!

—¿Seguro?

—Las manos... eran suaves, delicadas y pequeñas. Sólo podían ser las manos de una mujer.

—Comprendo... ¿Qué mujer, con qué mujeres ha tropezado a lo largo de estos días?

—Jenny Mae, Jolian y Nellie Algren, la ninfomaniaca.

—¿Quién?

—Estaba pidiendo a gritos una camisa de fuerza. No pudo ser ella. Además, ¿cómo hubiera podido llegar hasta allí sin ser descubierta? Y lo que aún es más increíble, ¿cómo supo que yo estaba en aquella casa medio muerto?

—¿Y las otras dos que ha nombrado?

—Busconas simplemente. Dimytryk se valió de una de ellas para sembrar la primera pista, el primer anzuelo que yo debía tragar.

Calhoun se levantó. Estaba nervioso y eso ya era una gran cosa tratándose de él.

—Nos queda esa Nellie —refunfuñó—. ¿Cree que podría sostenerse de pie si abandonaba esta cama, Contad?

—Haga que traigan mi ropa.

—La que llevaba puesta cuando le instalaron aquí estaba hecha unos zorros. Me ocuparé de que le traigan algo de su apartamento.

Se fue zumbando. Yo continué pensando en Nellie como la posible dueña de aquellas manos suaves que me habían liberado. Sin embargo no pude convencerme de que la cosa fuera así de sencilla.

Una hora más tarde me trajeron una maleta con ropa suficiente para equiparme. Me vestí tambaleándome. La enfermera dijo acusadoramente:

—El hospital declina toda responsabilidad por su conducta insensata, señor Conrad. No comprendo cómo le han autorizado a abandonar el lecho.

—Influencia, primor.

—Tonterías diría yo. Es un suicidio.

—Deje que sea mi compañía de seguros la que se preocupe y llame un taxi. Por favor.

Se fue refunfuñando. Llegar hasta el taxi resultó toda una odisea, y el chófer me miró de mala manera, temeroso de que fuera a morirme dentro de su vehículo.

Le di la dirección del apartamento de Nellie y me recosté en el asiento. Fue un recorrido endiablado porque a cada sacudida del coche era como si volvieran a abrírseme todas las heridas del cuerpo.

Suspiré aliviado cuando llegamos. Quedaba el ascensor y soporté su meteórica carrera hacia las alturas sin una queja.

Cuando la muchacha abrió la puerta y me vio desorbitó los ojos.

—Hola, ángel —dije pasando por su lado—. Cierra la puerta antes que te vea alguien.

Se miró de arriba abajo. Un biquini la habría cubierto mucho más que lo que llevaba puesto.

—¡Conrad! —exclamó al fin.

Se quedó apoyada en la puerta, mirándome y recobrándose poco a poco.

—¿No esperabas volver a verme?

—No lo sé. Éste... te fuiste de aquella manera, el otro día...

—Me pillaste desprevenido, primor. ¿Te importa que me siente? Estoy hecho migas.

—¿Qué te pasó? Un accidente, supongo...

—Es una historia larga. Ven, siéntate aquí.

Vino hacia mí contoneándose como una serpiente. También era fatalidad que cada vez que la tenía al alcance de la mano...

Se dejó caer a mi lado y me miró a los ojos.

—Cuéntame qué te hicieron —susurró.

—¿En el accidente?

—En lo que fuera... ¡Oh, maldita sea, grandísimo bastardo!

Se echó sobre mí y su boca repitió el tratamiento aplicado la primera vez que la viera.

Hizo un buen trabajo. Era lo único que me faltaba.

—Más despacio, nena —dije con un hilo de voz—. Estas cosas hay que tomarlas con calma en mi estado.

—No estás tan mal. Tus labios arden.

—Apretados contra los tuyos, arderían los labios de una estatua de mármol.

—Conrad...

—¿Qué hay de Andy?

Se sobresaltó echándose atrás.

—¿Le viste? —musitó.

—Le vi muerto.

Asintió como para sí.

—Yo también.

—¿Fuiste a su casa?

Asintió.

—Había otros dos muertos allí. Fue horrible...

—Esos dos los puedes cargar a mi cuenta. Fueron los que mataron a Andy antes de mi llegada.

Se quedó muy quieta y entonces le espeté sin rodeos:

—¿Cómo pudiste llegar hasta aquella casa de campo y desatarme sin que te descubrieran?

Siguió quieta, como si no me hubiese oído. Pero sí me había oído. Dijo en un susurro:

—No sé de qué estás hablando ahora.

—Por favor, Nellie.

—De veras, Conrad. Ignoro lo que quieres decir con eso. Yo no te desaté, no estuve en ninguna casa de campo... Créeme.

—No puedo asegurarlo, desde luego. Pero si de algún modo estás mezclada en este asunto olvídale y apártate de él o te

destruirá. Es demasiado grave, demasiado enorme para que puedas manejarlo.

—¿Qué asunto, Conrad?

Lo dejé correr. Su boca parecía estar hecha solo para una cosa, pero no para responder preguntas.

Me cazó de nuevo antes que pudiera levantarme. Eran unos labios sabios para el beso y toda ella se estremecía como un junco sacudido por el viento.

—Déjame ver qué te hicieron... —jadeó poco después.

—Si pretendes una sesión de *strip-tease* por mi cuenta, olvídalo. Tengo el cuerpo hecho tiras y cubierto de vendajes. No es ningún paisaje agradable por el momento.

Me levanté y ella me imitó, aún pegada a mí.

—¿Sabes? —susurró—. Ahora ya no tengo a Andy...

—No, claro.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé. Ni siquiera sé si podré volver.

—¡Tienes que venir otra vez, Conrad! Cuando hayas sanado de tus heridas...

—¿Nadie te dijo nunca que estás un poco loca, Nellie?

—Todos estamos locos. Tú también o no...

Se interrumpió bruscamente.

—¿Qué ibas a decir?

Se encogió de hombros y repentinamente se mostró casi indiferente, lejana.

—Nada. Vete.

—Nos veremos de nuevo —dije al abrir la puerta—. Pronto.

No replicó. Salí y cerré poco a poco.

Había una cabina telefónica en la esquina. Entré en ella sin apartar la mirada del portal de aquel edificio y llamé a Calhoun.

Media hora más tarde un «Ford» azul oscuro se detuvo delante de la cabina y el tipo que lo conducía se apeó, alejándose sin mirar a ningún lado.

Me senté ante el volante de aquel auto y seguí esperando. No podía utilizar el mío porque resultaba ya demasiado conocido a estas alturas. Calhoun había sabido elegir bien el coche, sencillo e impersonal.

Nellie pareció cuando el sol ya había desaparecido.

Puse el motor en marcha y esperé a verla entrar en un «Jaguar», rojo. El agazapado coche deportivo emprendió el camino y me fui tras él rogando al cielo para que no hundiera el acelerador de aquel bólido.

Primero pensé que se dirigía a su casa. Luego advertí que viajábamos hacia el aeropuerto y pronto los aviones estuvieron rugiendo sobre nuestras cabezas cuando corríamos por la autopista. Lo dejamos atrás y ella torció hacia la costa.

Allí aceleró y en unos instantes el bólido rojo cobró tanta delantera que lo perdí de vista a pesar de mis esfuerzos.

Pasaron varios minutos antes de que en la casi oscuridad lo descubriera otra vez en una recta. Aceleré todo lo que pude y el «Ford» sacó fuerzas de flaqueza para ganar un poco de terreno.

De pronto se desvió y lo perdí nuevamente. No descubrí el camino lateral hasta después de haberlo rebasado, de modo que hube de maniobrar saltándome todas las normas de tráfico para dar la vuelta y regresar sobre mis pasos.

Para cuando me adentré por aquella senda maltratada había oscurecido, pero no me atreví a encender las luces por temor a que ella me descubriera, puesto que en la lejanía yo distinguía perfectamente sus pilotos rojos.

Conducir a oscuras por un camino de tierra desconocido no es nada que recomienden las compañías de seguros. Lo experimenté a mi costa porque una docena de veces estuve a punto de estrellarme, o despeñarme por un barranco. Además, el auto saltaba como un canguro a cada bache y todo mi cuerpo protestaba de la única manera que podía hacerlo: con oleadas de dolor.

Luego, las luces rojas desaparecieron. Tardé un minuto a comprender que se habían apagado. Entonces yo también detuve el «Ford» dejándolo atravesado en el estrecho sendero.

Recorrí la distancia que me separaba de la casa caminando con cautela. El «Jaguar» estaba parado junto a otro auto mayor y oscuro, y ambos delante de una construcción antigua, aunque bien conservada.

Había luz en un par de ventanas y me agazapé junto a la más próxima tratando de escuchar voces si las había.

No oí nada. Atisé por un ángulo de la ventana y contemplé una estancia vacía, amueblada con viejas reliquias de otros tiempos.

Me fui hacia la otra y allí sí había alguien hablando, aunque tampoco pude entender una palabra porque la ventana estaba bien cerrada. Cuando asomé un ojo vi a Nellie discutiendo violentamente con su padre. Más allá, sentado en una silla, el hombre que yo conocía como secretario del financiero, les contemplaba con el ceño fruncido.

La discusión entre el hombre y la muchacha se agrió. Ella gesticulaba y en un momento determinado Algren volteó la mano y la abofeteó tirándola contra una desvencijada butaca. Nellie se quedó sentada allí, acariciándose la mejilla y mirando a su padre con ojos coléricos.

El secretario dijo algo y Algren se volvió hacia él. Pareció que también iba a golpearle, pero lo pensó mejor y abandonó la estancia.

Nellie le gritó algo al secretario. Éste se levantó también y desapareció más allá de la puerta.

Sólo entonces ella empezó a llorar cubriéndose la cara con las manos.

Me aparté de la ventana y realicé una inspección del edificio. Era grande y había también un alargado granero en su parte posterior. Todo estaba a oscuras excepto aquellas dos ventanas.

Decidí empezar por el granero. Estaba tanteando la puerta cuando el tipo surgió como si brotara de la tierra. Me hundió el cañón de su pistola en la espalda y gruñó:

—¡Quédate quieto! No apartes las manos de la puerta, hijo de perra...

Obedecí. Por el rabillo del ojo traté de verle y me quedé helado al reconocer al gorila cretinoide que ya conocía.

El tipo estaba un tanto indeciso. No se atrevía a registrarme sin nadie que me vigilara entretanto.

—Date la vuelta. Vamos hacia la casa —ordenó.

—De acuerdo. No te pongas nervioso.

Giré despacio, las manos separadas del cuerpo como si quisiera que él viera perfectamente que estaban vacías.

Apartó un poco el revólver. Entonces volví a los viejos tiempos.

Con la izquierda le atrapé la muñeca armada y hundí las uñas en sus tendones. Disparé la derecha en un mortal molinete y la estrellé de canto contra el costado de su cabeza, encima de la oreja.

Sus tendones paralizados le impidieron tirar del gatillo. Y el mazazo en la sien le pulverizó el hueso disparando partículas del mismo contra el cerebro. De modo que estaba muerto antes de que hubiera advertido que las cosas se le ponían feas.

Le deposité en el suelo con cuidado quedándome con su pistola. De modo que al fin estaba sobre la buena pista. Aquel gorila había trabajado con Dimytryk y ahora estaba en aquella casa, a dónde había acudido Nellie después de su breve sesión conmigo.

Abrí el granero y arrastré el cuerpo del cretinoide pistolero a la oscuridad del interior. Cerré la puerta y encendí una cerilla.

Había bidones en un rincón con extrañas cifras pintadas, cajas de madera vacías y un sin fin de trastos inservibles. Cuando la cerilla se apagó volví a salir cerrando con cuidado.

Para entonces había luz en otra ventana de la casa y cuando atisé por ella comprobé que era un pequeño dormitorio. Nellie estaba sentada al borde de la cama y su padre le hablaba con gestos iracundos desde la puerta. Luego él retrocedió cerrándola y dejando sola a la muchacha.

Nellie volvió a llorar, esta vez tendida de bruces en la cama. Reflexioné a toda presión y la cosa no me sedujo poco ni mucho. Retrocedí en la oscuridad, hasta una estiba de troncos cortados para leña y esperé.

Quizá pasaron quince minutos. Entonces la ventana quedó a oscuras y fue abierta. En la oscuridad apenas podía ver nada, pero adiviné la silueta de Nellie saltando al exterior. De modo que huía por la ventana.

Estaño a punto de salir a su encuentro con la esperanza de convertirla en aliada mía cuando una poderosa lámpara eléctrica relampagueó delante de la muchacha inundándola de luz.

Una voz de hombre dijo:

—Pensé que intentarías largarte por la ventana. Debes estar loca, Nellie.

—¡Maldito sea!

—¿A quién maldices, a mí o a tu padre?

—¡A los dos! No pueden retenerme aquí como si fuera una prisionera...

—Te has convertido en todo un dolor de cabeza, ésa es la verdad. Vamos, entra en la casa. Tu padre está que muere por tu

causa.

—¡No quiero que me encierren otra vez!

—Sólo por un par de días, Nellie.

—¿Dos días?

—Ni uno más.

—¿Qué pasará entonces?

—Te soltaremos y volverás a ser libre de ir a donde quieras.

—No le creo... Papá no es el mismo de un tiempo a esta parte... me da miedo. Y las cosas horribles que han sucedido...

—¿Te refieres a Andy Ingalls? Te juro que no tuvimos nada que ver en eso...

De pronto la voz de Algren sonó en la puerta.

—Así que escapó, ¿eh? —dijo, colérico.

Se encendió una luz y el secretario apagó la linterna. El padre de la muchacha llegó hasta ella apresuradamente.

—Estás empeñada en crearme problemas y más problemas —estalló—. ¿Qué pretendes, que te amarre a una silla hasta que todo esto haya terminado?

—¿Qué es lo que tiene que terminar? —replicó ella—. Tú has cambiado tanto que apenas te conozco, papá.

—Eso está bien. Te he consentido todo lo que quisiste. No te faltó nada de cuánto te apeteció... Cerré los ojos a tu desenfreno incluso. Lo menos que ahora puedo exigirte es que te mantengas al margen de mis negocios sólo por dos o tres días. ¿Es tan difícil de comprender?

—Está bien..., pero después no esperes que vuelva a casa jamás. Para mí ya no eres mi padre.

El secretario gruñó:

—Ella cree que tenemos algo que ver con la muerte de su amigo Andy.

—¿Qué? Eso fue obra de Hellmut. El maldito loco no se paró ante nada para conseguir lo que quería. Y total para fracasar también.

—Eso nos ahorró trabajo a nosotros porque ya sabe cuáles eran sus planes.

—Cierto. Ya hemos discutido suficiente contigo, nena. Vas a quedarte en la casa un par de días. Y si me pones en la disyuntiva de decidir... Bueno, no lo pasarías muy bien.

La llevaron hacia la casa. Oí cerrarse la puerta y entonces agazapado hacia la ventana por la que Nellie había saltado al exterior. Continuaba abierta y me colé dentro silencioso como un gato.

Había un viejo armario a un lado. Entre el armario y la esquina del cuarto quedaba un espacio suficiente para ocultarme y allí me metí. Quería hablar con la muchacha antes de hacer nada más.

Sólo que debía imaginar que no volverían a dejarla en una habitación tan fácil de abandonar. La casa se quedó silenciosa y nadie vino a la habitación, de modo que decidí variar las cosas a mi conveniencia.

Aquél era un lugar ideal para que trabajara un hombre secuestrado, o que quisiera mantenerse oculto. La casa era grande, aislada, y sus sótanos debían ser tan grandes como toda la construcción.

Me deslicé por la ventana y corrí hacia el destartado granero. Reuní virutas de los embalajes y les prendí fuego cuando las hube apilado bajo la estiba de cajas de madera.

Cuando estuve seguro de que el fuego no se apagaría regresé a la ventana abierta y al cuarto que tan seguro refugio me ofrecía...

Y me quedé esperando.

CAPÍTULO X

El primero en gritar fue el secretario. Le oí desgañitarse desde alguna parte. Después sonaron pasos a todo correr sobre los suelos de madera de la casa.

Los dos hombres dejaron todas las luces encendidas a su paso y salieron al exterior bramando de ira.

Abandoné mi refugio y velozmente recorrí la planta baja de la casa. En la cocina hallé la puerta del sótano, pero era sólida y su cerradura inviolable a menos de contar con más medios de los que yo disponía en aquellos momentos.

Volví atrás y atisé por una ventana. Los dos hombres estaban frente al granero en llamas sin atinar a combatir el fuego. No podían hacer mucho de todos modos porque las llamas habían prendido ya en las paredes y mientras estaba mirando la techumbre empezó a chisporrotear.

Seguro que no podían oírme grité:

—¡Nellie! ¿Dónde estás? ¡Nellie...!

—¡Conrad!

Su voz sonó tan cerca que casi di un brinco. Había una puerta cerrada y la llave estaba en la cerradura. Le di vuelta y la muchacha se echó en mis brazos y me besuqueó ferozmente. Ni siquiera en aquellas circunstancias podía olvidarse de sus apetitos.

—Tómalo con calma... ¿Sabes dónde está la llave del sótano?

—En la cocina, supongo... ¿Qué pasa ahí fuera, qué es ese fuego?

—El granero. Tu padre y el secretario están allí ahora pero no pueden apagarlo.

—¿Tú...?

—Claro. Tenía que hacerlos salir de aquí. ¿Sabes lo que hay en el sótano?

—Un taller o algo así.

—¿Estás enterada de lo que pretenden?

Sacudió la cabeza.

—No, pero tengo miedo. Desde que mataron a Andy...

—Fuiste tú quien me liberó de las cuerdas, ¿no es cierto?

—Sí...

—¿Cómo llegaste hasta aquella casa?

—Me oculté en el coche de papá. Ya no podía soportar más la incertidumbre y quería saber qué estaba sucediendo a mi alrededor. Le oí hablar con aquel hombre horrible... Hellmut. Así supe lo que aquel monstruo estaba haciéndole...

—Comprendo.

—¿Tú sabes de qué se trata todo este asunto, Conrad?

—Seguro. Y no te gustará cuando lo sepas. Necesito entrar en el sótano antes que ellos regresen.

Corrimos a la cocina. Ella buscó en una vieja alacena y encontró la llave de aquella puerta.

—Voy contigo —susurró cuándo la abrí descubriendo los escalones que se hundían en la tierra.

Bajamos y al fina, había otra puerta de hierro. Afortunadamente había llave en la cerradura de nuestro lado. Abrí también y apareció una densa oscuridad.

Pero de pronto brilló la luz y un hombre se quedó mirándonos desde un camastro. Estaba demacrado y una barba enmarañada le cubría la cara.

Nellie ahogó un grito. Yo dije:

—El profesor Djaman, si no me equivoco.

—¿Quiénes son ustedes, qué quieren?

—Si está usted preso aquí he venido a librarle, profesor.

—He perdido la cuenta del tiempo que llevo aquí...

—Bien... Le sacaremos.

—Ellos no lo permitirán. Y menos ahora que están a punto de alcanzar sus propósitos.

—¿Les entregó usted la bomba, o lo que fuere que contiene los bacilos mortales?

Me miró larga y especulativamente.

—No pude hacer otra cosa. Me torturaron de un modo enloquecedor, con descargas eléctricas... Nunca he sido un héroe.

—¿Se trata de una bomba?

—Algo semejante, aunque de menor tamaño. Es una caja cuadrada con un mecanismo programado para que estalle en el momento señalado.

—¿Y ese momento...?

—Mañana a las diez de la noche.

Casi me caí de espaldas.

—¿Dónde lo han colocado?

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No lo sé.

—¿Quién la colocó, lo sabe?

—No, tampoco.

—Eso no tiene sentido. Que Dimytryk quisiera sembrar la muerte en este país, está bien. Tenía sus razones. Pero Algren no veo qué persigue con esa hecatombe.

—Cien millones de dólares.

—¿Qué?

—Yo mismo escribí la carta al Presidente. Para el Gobierno, soy yo quien realiza ese chantaje... En la carta queda detallado el poder de ese ingenio, la clase de bacilos y sus efectos... Sólo evitarán que se desencadene la peste si pagan. Si lo hacen público estallará de todos modos. Si inician una investigación también... Les tienen atrapados. Además, si se hiciera público se desencadenaría un pánico colectivo de consecuencias imprevisibles.

—Entiendo. Pero yo creí que Algren era rico...

—Yo también lo pensé. Él se ofreció a financiar mis experimentos. Cuando vine a examinar el laboratorio y ya no volví a ver la luz del sol... Desde entonces el maldito Hellmut ha estado presionándome, lo mismo que ellos.

Nellie susurró:

—Esa bomba de que hablan, Conrad, ¿qué es?

—La muerte a gran escala, Ríete de la bomba atómica. Tenemos que salir de aquí.

—No podremos... Lo vigilan todo. Tienen micrófonos ocultos, circuitos de alarma...

—Esta noche no funcionarán.

Como si quisieran desmentirme un agudo y breve pitido surgió de un rincón. Luego, la voz del secretario.

—Es usted un tipo tenaz, Conrad. Afortunadamente, usted

mismo se ha encerrado en la ratonera. No saldrá ya de ahí.

—¿Y Nellie, también piensan asesinarla? Porque al profesor tienen que matarlo cuando hayan obtenido el botín. Y a mí lo mismo... Pero ¿y Nellie, cómo piensan cerrarle la boca?

—¿Ella está ahí abajo?

La muchacha gritó:

—¡Sí, estoy aquí! Y no saldré si ellos mueren. Han podido manejarme hasta ahora, pero ya no lo harán nunca más... ¿Me oyes, papá?

—Tu padre está fuera de la casa. Lo lamento por ti, muchacha.

La voz calló. Djaman explicó aún:

—Ellos pueden escucharnos en todo momento. Pero aquí sólo llegan sus voces cuando lo desean.

—¿Dónde está el laboratorio?

Señaló una puerta entornada.

—Ahí, pero no existe más salida que la escalera. Nos han atrapado a todos ahora.

Fui hacia las escaleras, sólo para comprobar que habían cerrado la puerta por el otro lado.

Cuando volví abajo dije:

—Les pagarán, desde luego... a menos que tomen la amenaza como una broma de mal gusto.

Entré en el laboratorio. No encontré ni una mala herramienta con la que forzar la puerta.

—¿Tiene usted ácidos corrosivos ahí, profesor, algo capaz de destruir la madera o el hierro?

—Nada. ¿Cree que son tontos?

—Claro, de haber dispuesto de esos ácidos usted los hubiera utilizado antes.

—Nos han vencido, Conrad, es así de sencillo.

Nellie se abrazó a mí de modo instintivo, sólo que en esta ocasión olvidó su desbordada sensualidad y sólo buscó un amparo que yo no podía darle.

Estábamos atrapados sin remedio.

Examiné una vez más la puerta de hierro. Era inviolable.

No obstante saqué el revólver y disparé tres veces contra la cerradura.

Las balas rebotaron aullando.

Por el altavoz surgió el burlón comentario del secretario.

—Oí los disparos, Conrad. ¿Se divierte tirando al blanco?

—Baje a comprobarlo, compañero.

Oí su risa. Nellie gritó:

—¡Quiero hablar con papá!

Hubo una larga pausa. Después...

—Tu pobre padre sufrió un accidente, pequeña.

Ella lanzó un grito.

—Intentaba apagar el incendio, dio un mal paso y cayó entre las llamas. Lamentable, muy lamentable.

Nellie estalló en sollozos. Yo dije:

—Supongo que le ayudaría usted a caer, hijo de una zorra...

—Poco más o menos.

—¿Usted también conoce el paradero de la bomba?

—Seguro. Lo más sencillo del mundo. Está en un coche del propio Algren, estacionado en una esquina. Nadie lo sospecharía jamás.

—Muy ingenioso.

—Ésta es nuestra última comunicación, Conrad. Esta noche harán entrega del dinero. Cien millones en billetes viejos, sin marcar... Que la agonía les sea leve.

Le oímos reír. Pero de pronto se interrumpió, dio un grito y sonó un disparo. Allá abajo nos miramos esperanzados.

Ignoro cuánto tiempo transcurrió hasta que oímos girar la llave en la puerta de hierro. De todos modos no estaba dispuesto a fiarme. Saqué la pistola y me agazaparse junto a la puerta de aquel cuarto.

La de hierro giró y apareció una mujer. Yo podía haber esperado cualquier cosa menos una mujer en aquellas circunstancias.

Luego, ella avanzó con un revólver en la mano y pude verle la cara.

Creo que grité, o que salté de pie estupefacto. Nunca lo supe.

Ella sonrió.

—¿Conrad? —dijo—. Espero que estén todos bien.

—¡Laura! —jadeé sin voz.

Se echó a reír y guardó el revólver en un pequeño bolso.

—No soy mi propio fantasma, Conrad —dijo—. Sentí mucho no disfrutar de aquel martini...

—Pero yo te vi muerta, sangrando...

—No era siquiera sangre. Un perfecto camuflaje, para llamarlo de algún modo.

—Maldito si lo entiendo.

—Alguien quería tener algo con que presionarte llegado el caso. Minutos después que tú estuviste fuera yo también me largué... Limpié como puede aquel líquido rojo, aunque sospechoso que al día siguiente el encargado de las duchas se volvería loco intentando averiguar qué diantres se había derramado allí.

Rechiné los dientes.

—De manera que trabajas para Calhoun...

—Hace años. No lo hago mal según su personal opinión. Por ejemplo, él colocó un chivato en el «Ford» que te mandó. Yo lo seguía a gran distancia y así llegué hasta donde tú lo dejaste. Estuve todo el tiempo cerca de esos dos individuos de allá arriba.

—¿Cómo murió Algren?

—No lo sé. Yo estaba oculta en la casa. Oí un grito y todo estuvo terminado. Luego el secretario hizo sus arreglos... Pero yo necesitaba saber algo más. Algo que tú le arrancaste con tu cháchara, Conrad.

—¿El lugar donde estaba esa bomba?

—Ajá. A estas horas las matrículas de todos los coches de Algren están siendo radiadas a la policía para localizar el condenado coche.

—¿Y Calhoun?

—Supongo que dando saltos hasta que el auto sea localizado.

—Ya veo... Dile que la próxima vez que le vea le mataré, querida. Díselo así mismo y asegúrale que es una promesa.

—Te comprendo.

—Salgamos de aquí.

—Yo debo esperar a los hombres que él envía —dijo Laura. Y volviéndose al profesor añadió—: Y sería una gran cosa que usted también esperara, profesor. Necesitaremos su auxilio para inventariar el laboratorio y manejar lo que tenga allí.

—De acuerdo.

De modo que los únicos que nos largamos de aquel antro fuimos Nellie y yo.

Estábamos rodando hacia la ciudad cuando dije:

—Espero que ahora nada impedirá que pueda casarme... A

menos que mi novia me odie por lo que vio.

—Yo no te odiaré jamás, Conrad. Te quiero.

—Sí, bueno, hasta que encuentres lo que realmente buscas en la vida.

—De momento te encontré a ti.

Eso era cierto. La llevé a su apartamento. No estaba excesivamente desconsolada por la muerte de su padre.

Como dije antes, pedía a gritos una camisa de fuerza.

FIN

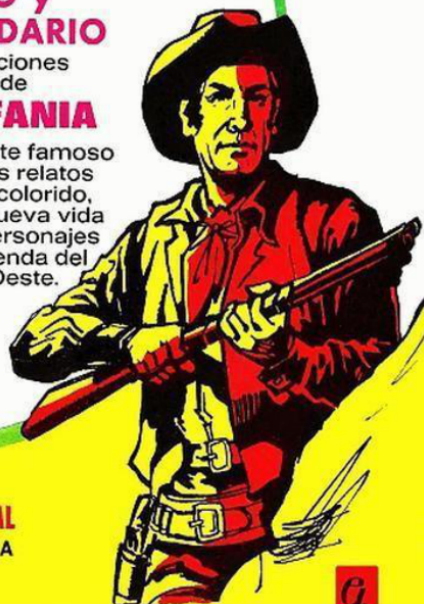
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

